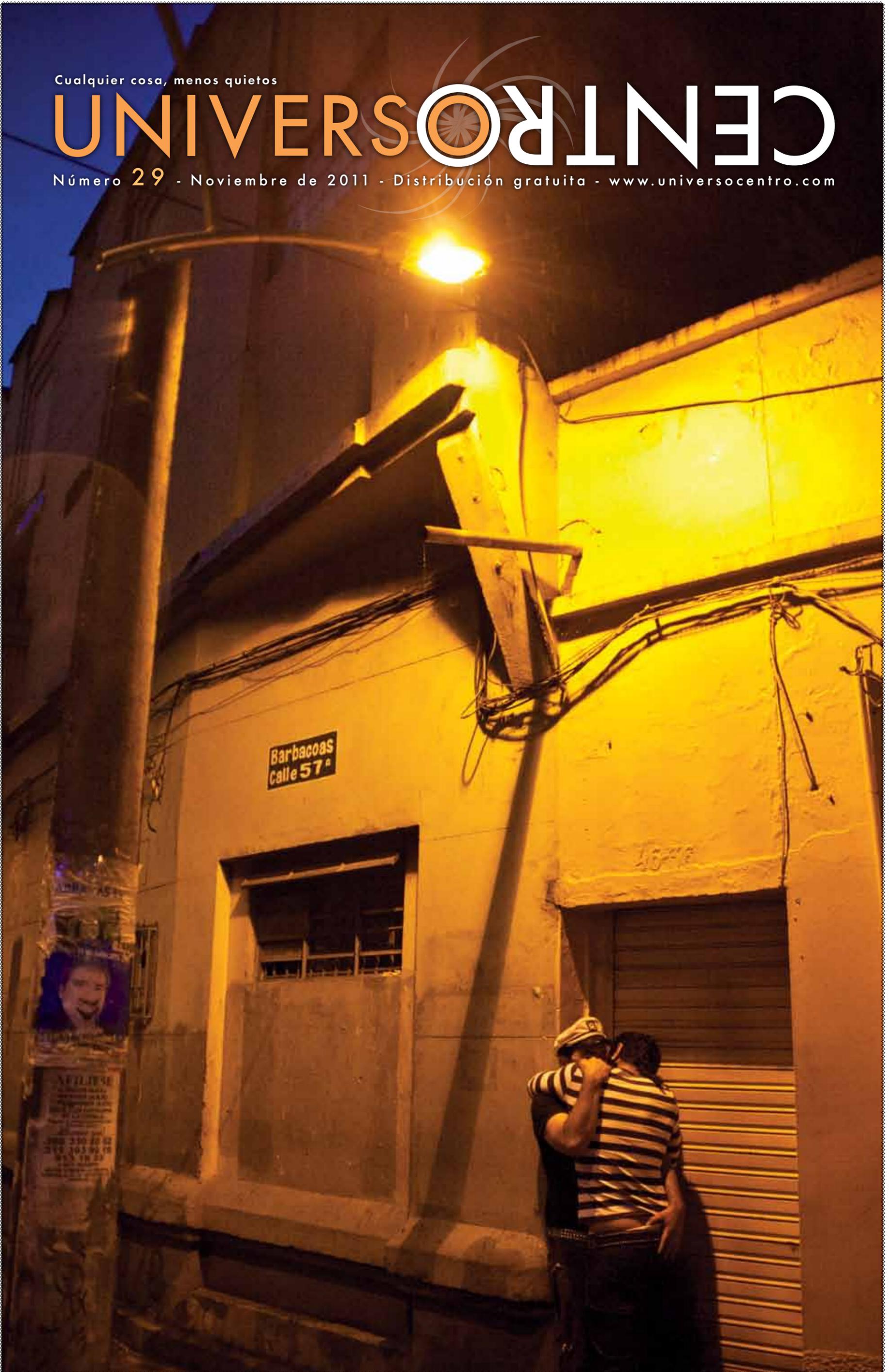


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 29 - Noviembre de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



Floren-
cia,
La Toscana



Fin del
mundo



Ronque
pa' la foto



Con el cine
a cuestras



Cinco días
en alta mar



Perdidos
en los cielos
de la Amazonia



Universo Centro

Publicación mensual

Dirección y fotografía

Juan Fernando Ospina

Comité editorial

Sergio Valencia

Fernando Mora

Pascual Gaviria

Juan Carlos Orrego

Guillermo Cardona

Maria Isabel Naranjo

Corrección

Sergio Valencia y equipo UC

Diseño y diagramación

Lyda Estrada

Coordinación comercial

José Alejandro Zuluaga

Ramón Marulanda

Distribución

Érika, Sebastián y Gustavo

Asistente

Érika Acero

Es una publicación de la

Corporación Universo Centro

Número 29 - Noviembre 2011

15.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita

www.universocentro.com



Caminar y pensar

Hay escenas que resultan irrefutables: Dociientos mil jóvenes marchando por mejoras en la educación pública forman un afiche que merece aplausos en todas las democracias. Las fotos de las marchas estudiantiles son elocuentes y efectistas, y el Estado, siempre tan poco fotogénico, queda en manos de los policías antimotines. Es lógico entonces que en Chile, Camila Vallejo, la cara bonita del movimiento estudiantil, una marxista digna de la revista Vogue, sea la mujer más admirada por los adolescentes y aparezca entre las tres figuras políticas con mayor imagen positiva. Mientras Sebastián Piñera está en el 29% de evaluación positiva, Camila Vallejo está cerca del 75%.

En Colombia no apareció una figura sobresaliente entre los estudiantes, pero las marchas han merecido apoyo desde muchas orillas. La alcaldesa encargada de Bogotá las llamó “hermosas manifestaciones” y los medios han entregado algunos vivos y cubrimiento inédito a sus voceros. Sin embargo, en esto de las marchas siempre existen riesgos. El oportunismo de los políticos tal vez sea el más evidente. Y está el afán revolucionario por cambiar el mundo entero y sus infamias: una de las trampas que podría convertir esta oportunidad en una colección de consignas y unas cuantas pedreas. Recordemos que algunos estudiantes han querido llevar a la mesa el tema de la minería y el presupuesto de seguridad, entre otras perlas. Habría que hablarles con tono de profesor y decirles que se concentren. Sería triste que los estudiantes terminaran siendo más elocuentes con los pies en la calle que con la cabeza en las discusiones públicas.

En Universo Centro intentaremos hacer nuestro propio balance de lo que han dejado las protestas y dejaremos caer algunas ideas y algunas cifras para lo que viene. Lo primero es que el movimiento estudiantil logró salir del estigma de las capuchas y las papas bomba. La última vez que había sonado con fuerza fue hace exactamente dos años, cuando regresaron por unas horas a Moisés Wasserman, rector de la Universidad Nacional, en su oficina en Bogotá. En ese momento la discusión con el gobierno fue si se trataba de un secuestro o de un simple bravuconada. Ahora por lo menos no se está discutiendo el código penal. Si los estudiantes, la mayoría de quienes participan activamente en las protestas, logran gra-

duar a los profesionales de la arenga que llevan años dominando el espacio de las asambleas universitarias, ya se habrá dado una pequeña e importante reforma. Pero ya sabemos que los dueños del rollo, los especialistas en la consigna y el radicalismo, intentarán resistir y apoderarse del inconformismo general.

Hace unas semanas un columnista bogotano señaló uno de los logros del movimiento estudiantil. Las concentraciones en la Plaza de Bolívar pusieron en evidencia la torpeza de la oposición en Colombia. Por el lado derecho apareció Francisco Santos con sus declaraciones sobre picanas eléctricas y derecho a la protesta. Pacho Santos es un especialista en el humor involuntario y esta vez lo adornó con un arrebato sádico. Por la izquierda, Piedad Córdoba hizo su demostración de oportunismo en la Plaza de Bolívar. Instigó a los estudiantes con sus viejas consignas antiimperialistas y sus extraños cantos a la paz desde la orilla del odio de clase. Los estudiantes, como una voz que puede influir en la política, hicieron que los extremos mostraran su peor cara.

Otra consecuencia de las movilizaciones, tal vez involuntaria, es que por primera vez este Congreso dejó de ser un simple notario de los proyectos de ley del gobierno Santos. Ya nos estábamos acostumbrando a los trámites que eran un simple visto bueno. La visibilidad de los estudiantes y la atención del país sobre la reforma a la ley 30 logró que la Cámara de Representantes le diera un no a la ministra Campo y al Presidente. Falta que al interior del gobierno se den cuenta que la ministra perdió la posibilidad de liderar una reforma y que el primer error fue nombrar a una persona sin credibilidad en el medio universitario.

También quedó claro para todo el mundo que las universidades públicas necesitan más plata. Desde 1992, cuando se aprobó la ley 30, las universidades han crecido en cobertura y grupos de investigación, e incluso en número de profesores. Han mejorado algunas de sus notas mientras los números rojos de los balances financieros siguen creciendo. Durante casi 20 años las transferencias han seguido la curva tacaña de la inflación. Pero aquí también surgen algunas preguntas. Los rectores, secundados por los estudiantes, se han negado desde siempre a que un aumento en el presupuesto vaya ligado a algunos indicadores de ca-

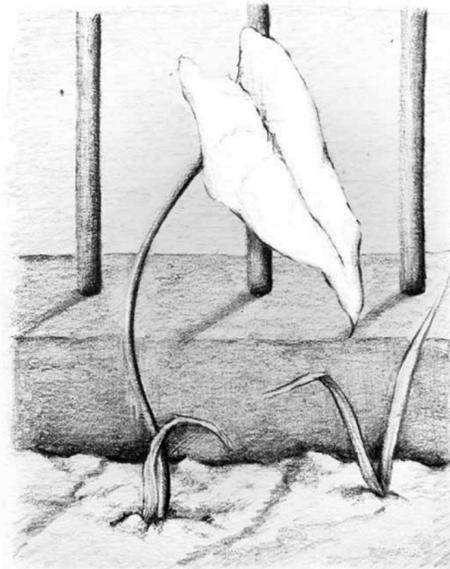
lidad y gestión. Según ellos eso va en contra de la autonomía universitaria. Hay que recordar que algunos ejemplos de corrupción y política barata en las universidades del Magdalena, del Atlántico, de la Distrital en Bogotá, para mencionar los más visibles, demuestran que por respetables que sea las universidades necesitan rendir cuentas y recibir apoyo del Estado en virtud de sus resultados y no a sus nobles propósitos.

La consigna más repetida por estos días es la que pide una educación pública gratuita y de calidad. La segunda característica es indiscutible pero la palabra gratuita puede tener algunas trampas. Subsidiar a quien no lo necesita no es solo una torpeza sino una injusticia. Quien tiene recursos y quiere estudiar en una universidad pública debe pagar por ello. Así que defender la gratuidad como un punto de honor, por el solo hecho de que la palabra luce en los carteles y los grafitis, tal vez no sea lo más inteligente. Además, en este momento el Estado subsidia el 85% de las matrículas de las universidades públicas. Así que la pelea de fondo parece estar en otra parte. Las dificultades para los estudiantes de los estratos 1, 2 y 3 para acceder a la universidad están más en los colegios públicos que en el precio de las matrículas. El último informe sobre las Pruebas Saber en los más de 11.000 colegios del país deja resultados desalentadores: solo 19 colegios públicos están entre los primeros 500 de la lista. Las desigualdades entre privados y públicos siguen siendo muy grandes y ahí se marcan las diferencias entre los futuros universitarios y los rebuscadores. De modo que no estaría mal que Fecode no sólo apoyara las marchas estudiantiles sino que se mirara el ombligo en busca de algunas culpas. Y el gobierno debe empezar a pensar en la calidad de los colegios públicos ahora que los problemas de cobertura parecen estar resueltos.

Hasta ahora los estudiantes solo lograron que el gobierno se detuviera y levantara la cabeza. Llegó el momento de dejar los gritos y las consignas. Llegó la hora de identificar algunos aliados y apelar al realismo. Si los estudiantes son incapaces de tramitar sus propuestas en los espacios que ofrece nuestra democracia, no les quedará más que refugiarse en sus asambleas a rumiar un inconformismo inútil y jugar a la rebeldía de los incomprendidos. ●

*Nadie le preguntó
nunca cuál era su
enfermedad y por qué
no se cuidaba*

Giovanni Papini



Suele pensarse que los vagabundos son tan sabios como los poetas; sin embargo, quizá ocurra lo contrario: que estos ignoran las mismas cosas que aquellos.

Hasta hace un par de semanas, un jardinero callejero se ocupaba de la grama y las achiras del frente de mi casa. Era un hombre alto, flaco y palidísimo hasta parecerse a su propio cadáver, lento de entendimiento y vestido con los harapos que suelen vestir los ayudantes de volqueta. Nunca supe cómo se llamaba; mi esposa y yo nos referíamos a él como el “Entelerido”, como si esa voz designara su simpática y tierna estupidez, antes que — como indica el diccionario — el hecho de ser seco como un hueso o de estarse muriendo de frío, lo cual, de todos modos, no podía ser más cierto. Un amigo, que tuvo noticias telefónicas del hombre — me llamó mientras él arrancaba las hojas secas de las achiras —, lo llamó el “Tuntuniento”; supongo que se lo imaginó abrasado por la fiebre, mareado y tambaleante, y es muy probable que no se haya llamado a engaño.

Manrique Central es uno de los barrios mejor acicalados de la ciudad. Por lo menos lo son sus antejardines, objeto de un frenético interés en que convergen todos los estamentos sociales: las amas de casa hacen lo posible porque den lustre a las fachadas, los vagabundos los codician para ejercitar su rebusque y el Municipio, de modo inconsulto, los somete a la guadañadora para acabar con los criaderos del mosquito del dengue. Las alarmas no se apagan desde que, hace no sé cuántos meses, un vecino viejo murió a causa de esa dolencia, y ello ha dado pábulo a un terrible drama: los jardineros callejeros han perdido buena parte de su trabajo por obra del celo municipal. Un par de días después de que la guadañadora oficial pasara por primera vez por mi grama, el Entelerido tocó la puerta y se la-

La última visita del Entelerido

Juan Carlos Orrego. Ilustración Alejandra Estrada

A los pocos días, el Entelerido asumió la vacante. Supongo que lo puso sobre aviso su fino instinto de criatura hambrienta.

El macilento jardinero solía patullar el frente de nuestra casa como si en ello le fuera la vida, de modo que, cuando las lenguas de grama se encrespaban por arriba de los ocho centímetros y se secaba la primera hoja en la gruesa antorcha de las achiras, él tocaba la puerta y ofrecía sus servicios. De hecho, en sus primeras visitas se anunciaba sólo cuando concluía la tarea que nadie le había pedido; entonces, al abrir, me encontraba con su cara de ojos cerrados y sonrisa de dos dientes, y con su aguzado cuerpo mecido quién sabe si por el viento o por su entusiasmo infantil. Me decía: “Listo, señor”, y yo no tenía más remedio que pagarle los cinco mil pesos con que habíamos tasado nuestro primer contrato. Un día logré explicarle que no podía atacar el bosquecillo sin mi consentimiento previo. Aceptó la condición, pero garantizó los futuros réditos desarrollando una nueva costumbre: cada diez días, más o menos, se aparecía para pedir “una ayudita”. Nunca se la negué: pensé que, a fin de cuentas, se trataba de algo así como su prima de servicios.

A principios de este año reapareció don Leonel. Se mostró sumiso y dicharachero, y logró nuestro perdón gracias a un truco infalible: preguntó por la salud de nuestros hijos con sus nombres propios. De todos modos, era claro que el antejardín ya no le pertenecía: allí reinaba el Entelerido, y muy a pesar de su tosqueada irreverencia. Por compasión, solidaridad o verdadero afecto hacia aquel triste antonomástico de huesos y pellejo, él tenía el derecho de usufructuar en monopolio el rectángulo vegetal, sin que importaran mucho los desgarros que hacía en las plantas, la irregularidad con que motilaba la grama y la basura que dejaba enredada entre las guedejas del maní. Don Leonel fue confinado al solar trasero, del que, hasta entonces, se encargaba exclusivamente mi esposa.

Por algún tiempo fue posible la alternancia de los dos jornaleros y la guadaña municipal, aunque con equilibrio frágil que ponían a prueba las visitas de otros vagabundos con machete, igualmente entendidos en jardinería barrial. Por lo visto, mi buen corazón se había hecho famoso en la comuna. Sin embargo, todo se fue al traste cuando arrieron las lluvias y, sobre todo, cuando mi hija recibió un conejo de mago en su Primera Comunión. El agua celestial aguzó el temor del Secretario de Salud y, en consecuencia, aumentaron las podas de “cortesía”. Mientras tanto, el conejo devoró la grama del interior —afiló los dientes contra las propias raíces de las plantitas— y se hizo forzoso el nuevo despido de don Leonel. Sobrevivió el Entelerido, pero a condición de redoblar su vigilancia para



ganarle la partida a los jardineros del Alcalde, así como de renunciar a la mitad de su paga, habida cuenta que su impaciencia —o su agónica necesidad— lo obligaban a podar hojas que no necesitaban ser podadas.

Hace dos semanas el Entelerido logró adelantarse, apenas por un par de horas, a la guadañadora municipal, que —sospecho— para él venía a ser algo así como la guadaña de la muerte. Estaba más flaco que nunca y su piel dejaba ver un color terroso de pésimo augurio. Repasó la grama desesperadamente, hasta levantar terrones, y arrancó hojas todavía verdes en las achiras. Cuando le alargué el billete ni se inmutó —solía agacharse en una reverencia tradicómica—, y como si despertara de un sueño pesado me preguntó algo para lo que yo no estaba preparado: —¿Dónde queda el corazón?

Por espacio de varios segundos no atiné a decir nada, y debo confesar que, antes que en el tamaño de aquella ignorancia conmovedora, pensé en el poeta José Asunción Silva cuando le preguntó a su médico de cabecera sobre la localización del mismo órgano. Acabé poniendo mi dedo índice sobre el bolsillo de su camisa. Tuve la impresión de que mi jardinero no tenía piel, y que era el costillar, mondo y lirondo, lo que estaba al otro lado de la tela. Le devolví la pregunta con dificultad:

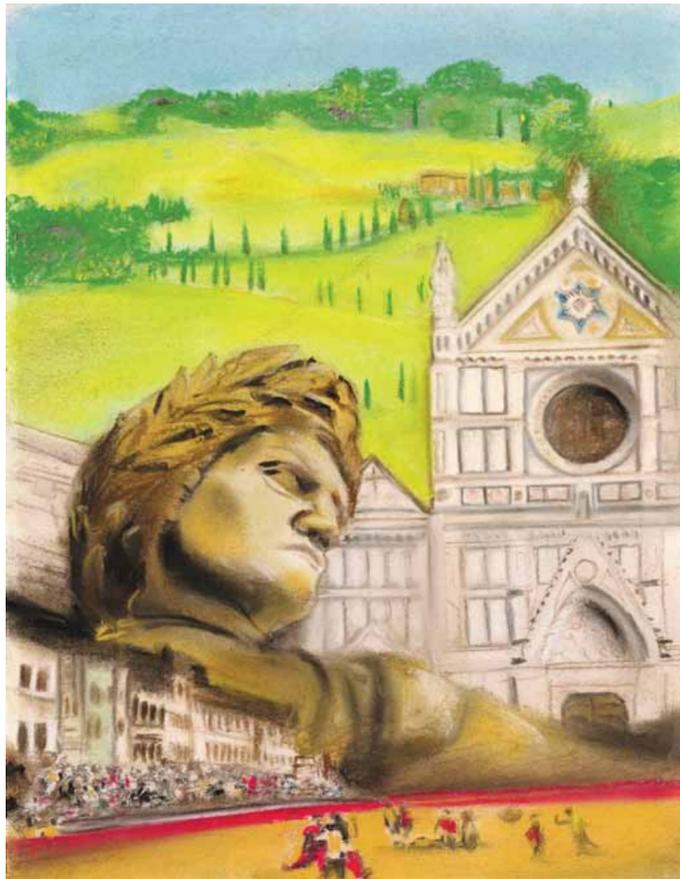
—¿Por qué?
—Hace una semana que me está doliendo. ¿En serio ahí sí queda el corazón?

—Sí.
Supe, con pena infinita, que jamás volvería a verlo, e inmediatamente me pareció ver que las plantas se desbordaban hasta invadir la calle. ●



Florenxia, La Toscana

Silvio Bolaño Robledo. Ilustración Lyda Estrada



¡y sin embargo se mueve!

Galileo Galilei

En la plaza de Santa Croce practicamos desde el medioevo el *Calcio Storico* florentino. Todos los 24 de junio, día de San Juan Bautista, la parte Güelfa inunda de arena la plaza ubicada frente a la fascinante Basílica franciscana.

Dos equipos, cada uno de 27 jugadores vestidos con libreas coloridas, se organizan en alineaciones de 4 arqueros, 3 defensas, 5 volantes y 15 delanteros. Tambores y músicos vestidos de gala alegran el comienzo de una batalla en la cual, usando tanto las manos como los pies, los jugadores deben llevar la pelota hasta el arco del rival. Todo golpe les está permitido para detener el paso del adversario. El monumento maldito del poeta Dante Alighie-

ri contempla a los jugadores desde un ángulo de La Plaza, al lado izquierdo de la iglesia gótica donde reposan los restos de Miguel Ángel, Galileo y Maquiavelo. Allí también hay una tumba vacía (cenotafio) esperando la llegada de Dante, pero el poeta murió en Ravenna ya que fue exiliado, para siempre, por los florentinos. En época romana ésta era la Plaza de Júpiter. O de Saturno.

Al lado derecho está el río Arno, al cual antiguamente debían conducir la pelota, luchando entre los barrios de *Il Comune di Firenze*. Los legionarios romanos trajeron su juego de balón hasta esta parte del río. Y desde acá lo exportaron los ingleses a la Universidad de Cambridge, para imponerle sus estilizadas reglas victorianas. Hasta ese punto llegaban los muros de la ciudad, de los cuales aún quedan sus puertas, invadidas por malvas y malezas que nos recuerdan los pactos de honor que se hicieron en los extramuros. Tres puentes atraviesan esta parte del río, de los cuales *Ponte Vecchio* se impone como una alhaja desprendida de la inquieta e inquietante imaginación

fiorentina, ciudad que en 300 años reio nacer al 40 por ciento de los genios de Occidente. Desde una esquina de este puente Dante recibió el único saludo de Beatrice Portinari, meses antes de que ella ascendiera al firmamento (debería llamarse movimiento —decía Galileo, sentado en ese muro, mientras se rascaba el pelo). Este fuera el único puente que Hitler ordenó dejar en pie, tras la caída de Mussolini, para detener el flujo de los barcos. En la actualidad se pueden comprar joyas espléndidas y darse besos, mientras se come *il gelato al cioccolato* y se observan nadar a los patos y a los topos en sus aguas sucias. En italiano llamamos a los ratones “topo”, directamente.

En la colina, saltando el Arno, la Plazoleta de Miguel Ángel saluda a las montañas jugosas del valle toscano, el cual cada 24 de junio resplandece con colores pastel, propios de las pinturas de Don Eladio Vélez. Al frente se encuentra la colina de Fiesole, donde vivía Leonardo Da Vinci. Allí el maestro hacía sus experimentos de ingeniería hidráulica haciendo uso de geometrías iluminadas y de sustancias pictóricas que él mismo producía. La mayoría de sus cuadros fueron pintados con la intención de experimentar con texturas percederas. Y desde estas alturas estudiaba el vuelo de los pájaros que dejara en libertad, tras de haberlos comprado en el Mercado de San Lorenzo, en el centro. Hoy en día el camino hacia el Mercado de San Lorenzo se encuentra rodeado por obras del joven Michelozzo, y puedes encontrar allí desde una máscara del carnaval de Venecia hasta el modelo de la camisa Adidas (de segunda) que usara Johan Cruyff. También se pueden comprar papas, tomates y berenjenas.

Desde esta colina, coronada por otra copia del telúrico David de Miguel Ángel, se puede contemplar la perfecta e inacabada doble cúpula de Brunelleschi: en aquel centro donde los arcos se cruzan, la gravedad se sostiene y pueden pasar los hombres caminando. Las principales edificaciones de la ciudad están unidas por laberintos y pasadizos. Miguel Ángel los conocía y, según cuentan los cronistas, se refugió en la cúpula de Brunelleschi durante un mes, defendido por los sacerdotes, cuando fuera expulsado de *Il Comune*. Esto sucedió antes de que se fuera a trabajar como picapedrero, llenando de gloria San Pedro y la ilusión Sixtina. Acá la cúpula está inacabada y su inexactitud sostiene el proyecto de la construcción de una edificación pensada para la eternidad, como lo es el Duomo (Basílica) de Santa María.

Santa María dil Fiore representa la Flor de Lis de la promesa que hicieran Francia y Florenxia por la

redención del mundo. Promesas de remesas entre los banqueros de la Casa Médici y de la corona, cuya cabeza cortara la Revolución. Ella reluce los mármoles de Carrara, Siena y Pisa, con sus colores blanco, verde y rojo, recordando la nobleza de Jesucristo. Todas las piedras tienen símbolos inscriptos. Diseñada en 1296 por Arnolfo di Cambio, sus puertas fueron terminadas en 1903 y en la actualidad se encuentra en proceso de remodelación. Lo cual quiere decir que no ha sido terminada en 8 siglos. O que siempre se encontrará en construcción, ya que su propósito es inagotable.

Como el Santo de la ciudad es San Juan Bautista, al frente de la Iglesia está el Battistero, cuya forma exagonal celebra el equilibrio místico de la Plaza que lleva el nombre del santo decapitado. Antiguamente el Battistero se encontraba a las afueras del muro, ya que su estructura era romana y conservaba misterios de Grecia y de Keops. Ella dibuja la rosa de los vientos, ubicada con exactitud en el plano, y el ojo de su cúpula sabe reflejar la sombra y la luz al interior, donde se encuentran los mosaicos dorados de El Juicio Final. Su ojo celebra el paso del Sol según el misterio egipcio que los sacerdotes católicos rescataran en el alto medioevo. Los niños florentinos son bautizados allí, donde la luz y la sombra celebran la hazaña espiritual de Italia. Bastarían 15 vidas para atisbarlo todo y ellas multiplicadas por 15 para narrar los acabados de sus mosaicos. No hablo de querer entenderlos. El oro reluce indicando la decadencia del cuerpo y la inminencia del Dios. Nadie ha pasado por ella sin sentirse acojido. Miguel Ángel decía que era la puerta del Paradiso. Sus puertas reflejan los misterios que el catolicismo sintetizó de su herencia pagana. El metal noble hace resaltar la levedad del árbol de la ciencia.

La última vez que estuve allí, los caballos pura sangre de la policía montada comían de unos costales que decían “Café de Colombia”. La ciudad se preparaba para el juego del *Calcio Storico*, era el 24 de junio, día de San Juan. El día en que Cuzco celebra la llegada del sol o Inti Raymi, tras el solsticio. ☪

Otros centros



La gente que vive con paciencia y disfruta con parsimonia es gente que sabe, es gente de CONFIAR



Porque el futuro es confiar

Línea Confiable: 444 10 20 Medellín
www.confiar.coop

RESTAURANTE
Truchas y algo menos
del Eslabón Prendido



Tel. 239 3400
C/le 53 No. 42-55
Medellín-Colombia
Abierto de domingo a domingo
de 11:30 a.m. a 3:30 p.m.
domingos de 11:30 a.m. a 5:00 p.m.

★ El Eslabón se toma **JuanTallo**
9 y 10 de diciembre en Santa Fe de Antioquia

Disfruta de la mejor música en vivo



Llano de Bolívar, Santa Fe de Antioquia



Por eso si cuentas con unas buenas copas convida a un Apóstol, él las apreciará con la vista, el tacto, el olfato y con mucho gusto.

TIPO WEIZEN TIPO HELLES TIPO MÄRZEN TIPO DÜBBEL TIPO BOCK



WWW.APOSTOL.COM.CO



Disfrute con moderación. Prohibase la venta a menores de edad.
EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD

Que el mundo se va a acabar nos vienen diciendo los profetas desde que el mundo es mundo. La última fue la del Y2K, pero nunca faltan. Ahora la amenaza es para el 2012, porque así lo pronosticaron los mayas. En UC le echamos una mirada a este fenómeno mediático que cifra su esperanza en la falta de esperanza y aporta una serie de datos y reflexiones que nos muestran que el 21 de diciembre de 2012 será la antesala del 22 y de los días subsiguientes.

Y si viene el fin del mundo, pues recibámoslo con alegría

Guillermo Cardona.

Como en el cuento de García Márquez, *Algo muy grave va a pasar en este pueblo*, las mal llamadas "Profecías mayas" se volvieron caballito de batalla de los avivatos que explotan la ignorancia y la credulidad de los inocentes para embolarlos con datos rebuscados, asustarlos con armagedones y de paso embolsillar-se unos pesos.

Que el mundo se acaba el 21 de diciembre de 2012, dicen, porque según el muy antiguo y preciso calendario maya, ese día finaliza el décimo tercer Batkun que, en la compleja cosmogonía de esta huidiza y desconocida civilización, significaba el advenimiento de una nueva era.

A los medios de comunicación, a las universidades, a los centros científicos, están llegando cientos de cartas de chicos que preguntan angustiados por la veracidad de la profecía, alegando que son demasiado jóvenes para morir. Hay quienes temen que, puesto que el mundo se acaba, la gente deje de madrugar a trabajar o que le dé por fiar de más en el granero de la esquina o en el bar de confianza, cuando no es que se desbocan con las tarjetas de crédito.

Algunos investigadores, como el alemán Andreas Fuis, incluso se pusieron en la dispendiosa tarea de recalcular la cosa y luego de analizar la Cuenta Calendárica maya con las tablas que muestran la evolución de la posición relativa de Venus en el cielo con respecto a la Tierra, concluyeron que hay un error de varios años. Según el profesor Fuis, de 208.

Los científicos que datan los vestigios de la cultura maya con Carbono 14, por su parte, encuentran una variación de 50 años con relación a la fecha en que están escritos los escasos códices del período clásico que sobrevivieron a la evangelización española, es decir, que fácilmente el mundo se pudo haber acabado hace medio siglo y nosotros ni nos habíamos enterado. O se acaba de acabar dentro de cincuenta, según las cuentas.

Tampoco está muy claro cómo corregían los mayas el desplazamiento de equinoccios y solsticios. En Occidente, desde Julio César en el 46 a.C. y hasta el 1582 d.C., y por capricho del emperador, simplemente se agrega un día más a los años que son múltiplos de cuatro. Un bis-sexto, después del día 23, antes de las calendarias de marzo. Ahí tendríamos al menos 25 días que se pierden cada cien años, 250 en un milenio y hasta 1.250 días en los poco más de 5 mil años que tiene la Cuenta Larga de los Mayas.

Y hasta la Cuenta Larga tiene sus bemoles, porque luego de la decadencia de la civilización maya después del 900 d.C., los enclaves sobrevivientes adoptaron la Cuenta Corta, en períodos de 52 años, y en esas condiciones no se puede dar por certificada la fecha fundacional del 13 de agosto del 3114 a.C. como inicio del fatídico calendario y de la civilización maya, ni su correspondencia exacta con nuestro calendario gregoriano.

Lo peor es que cuando se comparte esta información, la primera frase que se le viene a la gente a la cabeza es: ¿Entonces se aplaza el fin del mundo?

Y no hay tal. Los mayas ni siquiera mencionan las catástrofes que veremos pronto en *2012 Doomsday*, la versión hollywoodiense del apocalipsis (¿tendrá un final feliz?), con maremotos y erupciones de volcanes y terremotos en 3D y sonido estereofónico, a 18 mil pesos la boleta.

PROFECÍAS POR ENCARGO

Lo más curioso de todo es que en ninguno de los códices mayas aparecen tales presagios. El único testimonio conocido que contempla la fecha del 2012, es el Monumento 6 de la zona arqueológica de Tortuguero, en Tabasco, México. Aunque la estela pétrea está desportillada, los conocedores de la criptografía maya alcanzan a reconocer la fecha, 21 de diciembre de 2012, y deducen el anuncio del regreso del dios Bolon Yokte, dios de la guerra pero también del renacimiento.

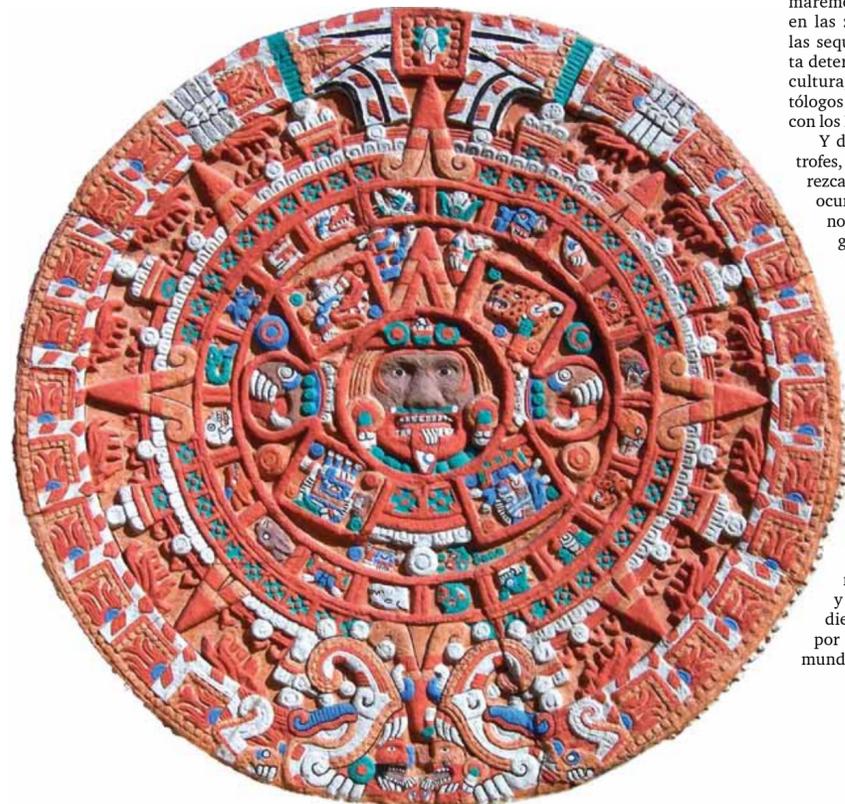
De allí se ha desprendido toda una nueva mitología con tintes de New Age, que preconiza influencias estelares y readaptaciones cuánticas y cambios en la polaridad de nuestro planeta y hasta el advenimiento de la telepatía, y que anuncia que después de la oscuridad del dolor y la catástrofe llegará el tiempo de la luz, la paz y la concordia. Ojalá. Pero eso es pensar con el deseo.

Deberíamos admirar y respetar el hecho de que los astrónomos mayas (que concibieron el cero antes de que los árabes lo llevaran a Europa) pronosticaran en sus códices los eclipses y las alineaciones planetarias. Sus observatorios astronómicos eran monumentales, pero todo hay que decirlo, eran bastante rudimentarios si los comparamos con el telescopio espacial Hubble y toda la tecnología informática que hoy nos permite ver recreaciones virtuales de galaxias que no pueden ser apreciadas visualmente, sino que son deducidas por sus frecuencias de rayos gamma. Sin embargo, los sabios mayas calcularon con exactitud hasta el movimiento de precesión, una casi imperceptible oscilación del grado de inclinación de la Tierra que gira como un trompo alrededor del Sol, en un ángulo de 23 grados, con variaciones de hasta 2,4 grados cada 40 mil años, oscilación que explica en parte las glaciaciones y los fenómenos del Niño y la Niña en Centro y Suramérica (ver UC 21).

EL DÍA DE LA QUEMA

Los mayas sacrificaban vírgenes y prisioneros y enemigos para complacer a sus dioses, tal como lo hacían quemando hebreos los muy santos curas católicos que vinieron a predicar el amor al prójimo, pero lo que es en astronomía, los superaban con creces. Sin embargo, su civilización colapsó y aunque el pueblo maya no desapareció ni con la declinación de su período clásico ni con la llegada de los españoles, sí se perdieron su cultura, su ciencia y su organización religiosa, política y social, cosa que no estaba en sus pronósticos, al menos hasta el año 5125 de su Cuenta Larga, que así se cumpla el 21 de diciembre del 2012 o dentro de 50 años o dentro de doscientos, poco importa.

El Universo todo es cíclico y en nuestra Vía Láctea las estrellas danzan alrededor del centro de La Galaxia. El Sol da una vuelta completa cada 220 millones de años. De saber el día preciso en que se cumple el cósmico paseo, esa sí que sería una celebración de Año Nuevo, pero en cuestión de calendarios, todo depende de quién y cómo empiece a contar.



AÑO 1

La civilización occidental, por ejemplo, comenzó la cuenta desde el nacimiento de Jesús pero basado en el calendario juliano y partiendo del año 1, no del 0. Tal decisión no se tomó hasta el siglo IV en el Concilio de Nicea, y todavía en el XVI, tuvieron que agregar diez días (finalizado el 4 de octubre de 1582, amaneció siendo el día 15), para ajustar las fechas de solsticios y equinoccios, porque como el año dura realmente 365 días, 5 horas, 48 minutos y 46 segundos, es necesario agregar un día más cada año múltiplo de cuatro como lo ordenó Julio César en la antigüedad, para compensar el tiempo de más y cuadrar el calendario.

Pero aún con los bisiestos cada cuatro años, quedamos debiendo una colita de 11 minutos que con el paso de los siglos desplaza solsticios y equinoccios, de manera que el Papa Gregorio XIII dejó estipulado que los años que terminan en dos ceros no son bisiestos, así sean divisibles por cuatro, a no ser que también sean divisibles por 400, como ocurrió en el 2000, porque cada 400 años el bisiesto se debe omitir tres veces, como ocurrió en el 1700, el 1800 y el 1900.

Fácil. Cuando llegue el 4916 d.C., será necesario realizar una nueva corrección, pero no creo que eso deba preocuparnos mucho por el momento.

TZOLKIN Y HAAB

El calendario maya es todavía más complejo, porque en su Cuenta Calendárica combina años lunares (el Tzolkin, de 260 días) y solares (Haab, de 365) para establecer ciclos mayores.

Eran grandes astrónomos y es muy posible que hubiesen calculado también que cada 25.800 años, el Sol se alinea con el centro de la Vía Láctea durante el solsticio de invierno, cuando el Sol alcanza su punto más bajo en el horizonte, cosa que ocurrirá justamente el 21 de diciembre de 2012.

Pero de ahí a concluir que en ciertas alineaciones galácticas que se repiten cada tanto el mundo se acaba, es afirmar que el mundo se ha acabado quién sabe cuántas veces lo que hace que el homo es sapiens, no digamos antes, en los más de tres mil millones de años que lleva la vida en la Tierra.

SOMOS SOBREVIVIENTES

Los primeros homo sapiens sapiens aparecieron hace unos doscientos mil años, es decir, como especie, hemos sobrevivido a muchas Cuentas Largas de los mayas sin la más mínima referencia arqueológica de que cada que hay una alineación planetaria o galáctica, como un relojito, pasan cosas raras. Ciertamente. Ha habido glaciaciones, erupciones volcánicas, maremotos, han caído meteoritos y en las zonas tropicales las lluvias o las sequías pueden prolongarse hasta determinar la desaparición de una cultura, como especulan los paleontólogos del clima ocurrió justamente con los Mayas.

Y de seguro vendrán otras catástrofes, y llegará el día en que desaparezcamos como civilización, como ocurrió con los mayas y los romanos y los asirios y los griegos, y seguramente también algún día desapareceremos como especie dominante, como le pasó a los dinosaurios, porque todo lo que tiene un principio tiene un fin. Tendrá su fin la Tierra y el Sol y hasta el inconmensurable Universo.

A todo y a todos nos ha de llegar la fatídica hora, el momento de la despedida. Pero nadie la sabe y en lo que a mí respecta, creo que lo mejor es no saberla.

Ahora bien, cuando llegue el último momento, particular o colectivo, deberíamos hacerle caso a Erica Jong y en lugar de llanto y crujir de dientes, deberíamos dar gracias por lo bailado y recibir el fin del mundo con alegría. ☺



El pasado 7 de noviembre en París, Colombia fue elegida en la asamblea de la Unesco para hacer parte del Comité Mundial de Patrimonio. Mientras la página del Ministerio de Cultura rebosaba de mensajes de felicitación por este hecho, unos pocos se sorprendían de una coincidencia: los únicos países de América que hacen parte de dicho comité son ahora México y Colombia. Los más fustigados por las guerras del mercado de la droga tienen ahora que velar, junto con otras naciones del resto del mundo, por la custodia de los bienes culturales.

Ellos pueden poner o sacar de la lista los objetos que consideren dignos de protección para el legado cultural de la humanidad: una mezquita de Tombuctú, una mazmorra en Jamaica, un dialecto perdido del Amazonas. Esto habla bien de esos dos países, quiere decir que en ellos hay gentes expertas e interesadas en preservar las obras que recuerdan el paso de los pueblos por esta tierra. También quiere decir, de algún modo, que en México y Colombia hay conocimiento en el asunto. Pero además hay otras coincidencias en sus historias; muchos de sus tesoros culturales han sido destruidos, robados o simplemente arrasados por las ideas modernizadoras o la voracidad de los gobernantes en fila.

México tiene que exhibir una copia de mentiras del penacho de Moctezuma, que el último emperador azteca le entregó a Cortés, porque el original aún no ha sido devuelto por el gobierno austriaco. Colombia perdió el 85 por ciento de los tesoros de la cultura Malagana porque los mafiosos del Valle los exportaron a Europa, aunque dejaron algunos "muñecos de oro" para que sus queridas los lucieran. Los anteriores son ejemplos sueltos de la pérdida del patrimonio cultural material, pero los que saben de esto nos recuerdan que hay otro, el inmaterial: una receta de cocina, una técnica artesanal, una jerga callejera pueden ser dignos de preservar.

En Medellín nos vemos en aprietos cuando un turista nos pregunta por el caso histórico, que se resume en unos rieles oxidados del viejo tranvía y la iglesia de La Candelaria. Parte de nuestro patrimonio arquitectónico fue lo que el Metro se llevó; pero mucho antes, con el plan territorial del cincuenta, ya se habían desplomado y lamentado otros tesoros: el Teatro Junín, el Palacio Arzobispal, el Hotel Europa.

Quedan sus postales y unas pocas lágrimas de historiadores como Byron White que recuerda calles invisibles para lectores desmemoriados. Algunas escenografías, como el Pueblito Paisa y Tutucán, son apenas el remedo de patrimonio que se construye para reemplazar, de modo culposo, lo que se ha destruido.

Se supone que la consigna de proteger lo que aún perdura está en manos de entidades como la Unesco, que en sus asambleas generales llaman la atención a los estados sobre esta necesidad. Los países a veces toman nota y entonces nacen programas como el que se montó en Medellín con el nombre de Vigías del Patrimonio.

Según nos cuentan los funcionarios del proyecto, una de las cosas más difíciles ha sido justamente hacer entender cuál es el patrimonio cultural de Medellín. Se puede ser elocuente al decir que el ladrillo patrimonial de las iglesias se lo consumen noche a noche los drogocallejeros que lo mezclan con bazuco, por ejemplo. Pero es difícil que en algunos sectores se logre aceptar que el patrimonio de una ciudad no son sólo los bienes materiales y la riqueza ("...aquí no hay nada de eso, aquí apenas tenemos la Biblioteca y el Metrocable"). En el otro extremo de la confusión están los que piensan que patrimonio cultural puede ser algo que ni a un director de cine surrealista se le hubiera ocurrido: El Museo del Buñuelo.

Unas damas de El Poblado piden que se remueva el pavimento de la Calle de la Buena Mesa y se vuelva a poner el empedrado que había antes, cuando aquella vía se llamaba La Calle del Carretero, y andaban por ella los tranvías de mulas hasta Copacabana. Otros han clamado para que se destape la Quebrada Santa Elena que pasa, como muchos saben, por debajo de la Avenida La Playa: un paraíso solariego en su época, sin duda; pero también un foco de infección que ayudó a difundir la fiebre tifoidea en la Bella Villa de los años veinte. La idea del patrimonio se torna en ambos casos un empaño melancólico que parece cantar con Jorge Manrique: "Todo tiempo pasado fue mejor".

Esta idea del patrimonio como amor despedido por el pasado hace ver coherente el hecho de que las calles, los bares y cantinas de la vieja bohemia sean muy valorados como riqueza cultural. Será porque en ellos se fraguaron las grandes ideas del progreso que acabaron con el

otro patrimonio, o porque como dice el filósofo de Envidado: "Casi nada importante puede hacer un antioqueño sin un aguardiente al lado." Dicho a palo seco, no podemos ignorar que este patrimonio ético ha hecho posibles obras como el Puente de Occidente o la poesía de León de Greiff.

Lo inmaterial puede ser tan largo de enumerar como de preservar. En el mismo cajón cabe un ritmo folclórico, una fiesta popular, la ceiba del parque, una verja de hierro, la arepa de huevo. Se entiende que todos son saberes y sabores que viajan en el tiempo de una generación a otra y que en ellos los pueblos recuerdan su origen, su atuendo y sus máscaras propias. Ellos nos dicen cómo han vivido su historia con minúscula en cada esquina del barrio.

Los entendidos aseguran que hay cosas más importantes que otras a la hora de salvaguardar el patrimonio. Y es por eso que a los objetos menores los han llamado patrimonio prosaico. Sólo que hemos visto cómo en los desastres del país, alguien prefiere salvar una glosinia sembrada en una lata de galletas, una foto, a todos sus enseres juntos. Lo que permite reconstruir toda una época, puede ser un objeto de apariencia inservible. En la tragedia de Machuca un hombre reconoció su casa por el hallazgo de un botón. Y Borges, el memorioso, recupera su barrio a partir de cosas nimias.

Antes yo te buscaba en tus confines que lindan con la tarde y la llanura y en la verja que guarda una frescura antigua de cedrones y jazmines.

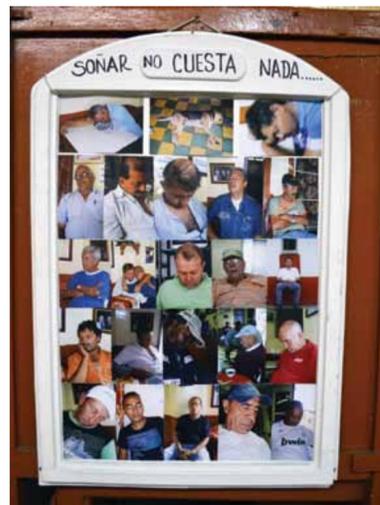
En la memoria de Palermo estabas, en su mitología de un pasado de baraja y puñal y en el dorado bronce de las inútiles aldabas.

A la hora de definir lo inmaterial podemos entrar en el mismo berenjenal en el que se enzarzan los eruditos para definir qué cosa es cultura, hasta que rendidos de conferencias, nos conformamos con la vieja y buena máxima: "cultura es lo queda después de haberlo olvidado todo". ☺



Ronque pa' la foto

Juan Camilo Orozco Uribe. Fotografías del autor



Con el nombre erróneo del lugar pero con unas indicaciones que parecían no tener pierde (que por la 45, al frente del supermercado, un bar muy viejo y tradicional), mi padre, Carlos su infaltable amigo e integrante de las "tardiadas" y yo llegamos a la carrera 45 en Manrique no sin antes admirar la transformación que ha tenido el sector, antaño rumbiadero de la ciudad, y después de la pérdida en carro por no saber que tan famosa vía cambió de sentido pues será dentro de poco exclusiva del Metroplús.

No fue difícil reconocer que el lugar que estábamos buscando era el Café Alaska, en la 45 con la 79, uno de los últimos templos del tango en la ciudad y que por más de setenta años ha conservado la tradición de un buen bar, un buen tinto, buena música y un buen chico de billar con los amigos de siempre. Bueno, me distraje bajo la lluvia mirando el letrero del Café y cuando entré vi que mi padre, que aunque jubilado conserva intactas sus dotes de periodista, ya estaba conversando con el dueño y que, además, ya me esperaba una Águila fría en una mesa chiquita de esas de bordes metálicos típicos de las heladerías viejas, frente a una pared repleta de cuadros de Gardel. Me senté y me di cuenta de que aproximadamente cada

minuto pasaba a centímetros de mi nariz el taco de billar de un concentrado jugador que ni se inmutaba al esquivarme.

Adornado con numerosas fotos de cantantes y orquestas de tango, visitantes ilustres y un altar del Poderoso en el que sobresale un aviso que dice: Cuidado con hablar mal del DIM, el Alaska es un tradicional bar de pueblo incrustado en la metrópoli, de esos en los que, como dije antes, el tiempo parece detenerse, menos en el cuerpo de la mayoría de sus clientes, cada día más encorvados por los años. Yo no soy alto, pero para entrar al único orinal del Alaska hay que agacharse; puede ser que mientras más se doble el codo más bajito se vuelve uno, por mirar cada vez más el suelo de descoloridas y viejas baldosas verdes y amarillas.

Hoy por hoy, el café más tradicional de Manrique se destaca a simple vista por preservar la memoria colectiva del barrio, y es conocido por los que saben y les interesa, como el foco de una larga tradición de tango, de arrabales y milongas. Si usted es de los que dice que en Medellín se escucha mucho tango pero no tiene ni idea por qué ni en dónde, no es sino que se monte próximamente en un Metroplús, se baje en la 45 y sin necesidad de preguntarle a más de dos cristianos, se tope con la esquina de Alaska, entre tacazos de billar, ruidos de maquinillas tragamonedas y risas que se escapan de alguna partida de cartas y disfrute, así sea por una noche, de una porción de la ciudad que no se debería perder nunca.

Aparte de conocer el lugar y su historia, otro de los motivos por los cuales nos dirigimos con curiosidad a Alaska es que allí se encuentra una especie de museo de los más famosos y reconocibles, al menos para el café, sus clientes regulares, y algunos locos y borrachos furtivos. Todos ellos han sucumbido al alcohol y en brazos de Morfeo, presos de las risas de clientes y amigos, son víctimas del ojo periodístico de Gustavo Rojas Zapata, dueño del lugar, quien se apresura a sacar su cámara Olympus para tomarles una delatadora fotografía que irá a formar parte de la colección de cabizbajos y boquiabiertos

Narizones, cumbambones, de cachucha, calvos, bigotones, barbudos, muecos, desquiciados y hasta un perro hacen parte del patrimonio del Café Alaska que, de día o de noche,

se dejaron pillar en fragancia mientras dormitaban. Bajo frases como *Sonar no cuesta nada* o *Bienvenidos al festival del sueño* pasan a formar parte de la historia del lugar, que es la misma del barrio, o si se quiere, de la ciudad.

Gustavo, que desde hace catorce años quedó en poder del café tras la muerte de Luis Eduardo Cardona Giraldo, el fundador y administrador por más de 54 años, comenta que como dice la canción, vallenata por cierto, "al que se duerma lo motilamos", que en este lugar todos son amigos o conocidos y que al son de los exactos 38.457 tangos repartidos en discos y mp3, todos se la pasan felices los 7 días de la semana hasta altas horas de la noche, exactamente cuando, según él, se ve solo y llega la hora de cerrar.

Mientras yo me entretenía recorriendo el pequeño lugar, mirando cuadros, viendo a los clientes degustar un aguardiente o jugar billar y tomando mis fotos, mi padre se dedicaba a hablar con Carlos y con Óscar, un colega conocido que casualmente se encontró allí y que jura que el Alaska es casi su oficina y que pasa las noches en este bar aunque no se toma un trago casi nunca, lo que es fácil de creer porque saboreaba una aromática a pesar de ser un lluvioso viernes, idóneo para cualquier excusa que justificó que unos tragos.

Regresé a la mesa tras admirar un cuadro en el cual uno de los clientes, al parecer experto billarista, hace un acrobático "tacado escorpión", pues así dice el pie de foto. No sabía que el hombre se encontraba allí jugando cartas hasta que uno de tantos, que me vio enfocar la cámara hacia el cuadro, le dijo en broma que se iba a hacer famoso.

Carlos, que a diferencia de mi padre y yo, cerveceros hasta el cansancio o mejor hasta el embuche, ya se

había pasado para un aguardiente de esos que se toman de a traguito (inconcebible manera de ingerir para mi gusto y estómago), me dijo algo que me llamó mucho la atención: que era evidente el ambiente amable y cálido del lugar, puesto que a pesar de ser extraños, llegar haciendo preguntas y disparando de la cámara, todos nos trataron con amabilidad; que por ejemplo, al tomar una única foto con flash, uno de los jugadores de la partida de billar se distrajo por un segundo mirándome mientras sin darse cuenta hizo una carambola y su contricante en señal de juego limpio le preguntó: ¿No la viste? Cualquiera habría aprovechado la ocasión para sacar provecho.

Al preguntarle a Gustavo si había escuchado algo sobre Patrimonio Cultural, extrañamente nos contó que no conocía sobre el tema, pero que alguna vez estuvo el actual secretario de Cultura Ciudadana con una comitiva grande y le dijo que el lugar era digno de conservarse. Nos pareció curioso, teniendo en cuenta que era ese el principal motivo de nuestra visita.

Antes de irnos, pensé en cuántos de mis amigos estarían allí inmortalizados en el museo de borrachos famosos, de haber tenido allí una tarde de cervezas, de esas que se pasan para aguardiente y que terminan con degustación de chucherías mientras se resopla fuertemente un tufo que espantaría a cualquiera de los locos de la foto al lado del orinal no apto para altos. Hasta yo podría figurar allí. Pienso hacer por lo menos el intento.

Luego de tomarnos el arranque, es decir, la última cerveza y el último aguardiente, nos despedimos de Gustavo, quien amablemente me dio su teléfono por si necesitaba algo respecto a esta crónica que acaban de leer y que, si les interesa, puede servir de motivo para conocer esta maravillosa esquina que evoca tiempos lejanos, que sabe a tinto o a trago dependiendo del gusto o de la hora del día, y que exhibe un simpático letrero arriba del mostrador lleno de discos arrumados, y que reza en lunfardo: **Café Alaska, disfrute de un gotán.**



Quebrada La Loca. Carrera Ecuador con calle La Paz en 1944

La primera vez que visité la calle Barbacoas, entre la Avenida Oriental y la carrera Sucre, me regalaron un folleto con el título: "Un cuerpo digno y amoroso" y un condón. El joven que me los obsequió, como parte de una campaña para la salud sexual de la comunidad LGBTI (la "I" es de intersexual, y la sigla sigue creciendo), me soltó un comentario para ponerme en contexto de lo que significa esta callecita para Medellín: "Esto que ve hoy es una pequeña revolución".

Miro la calle y pienso que "pequeña" sí es porque apenas ocupa un espacio curvo en la calle 57ª, pero es una Revolución (con R), como me lo explicaría Mario León Giraldo, activista de la corporación Gente Diversa, si la entendemos como el corazón gay de la ciudad. "Si sos gay y llegás a Medellín el punto de referencia para todo es Barbacoas. Yo acabo de llegar de Boston, donde vivo, y acá estoy", me cuenta mientras saca del empaque la tiara plateada con la que van a coronar a la Miss Colombia Gay en diciembre. Uno de los hombres que nos mira mientras conversamos se acerca emocionado y con un grito me pide que le tome una foto con la corona que de otro modo no podría tener en su cabeza. Sonríe. Clic. Flash.

A Barbacoas se le conocía antiguamente como la Calle del Calzoncillo, debido a la forma de pierna pantalón que conforma el triángulo de sus calles. Humberto Tobón, líder de la comunidad LGBTI, trata de mostrarme ese calzoncillo y se para en el parque de Villanueva. Mirando hacia el tramo de Barbacoas que linda con Palacé extiende sus brazos en forma de "V" y me interroga: "¿si lo ve?". Yo no logro visualizar esa forma de pantalón corto, pero si tanta gente lo ha visto ahí tiene que estar ese calzoncillo. Lisandro Ochoa cuenta que esta calle estaba habitada por gente pobre y las pocas casas construidas estaban hechas de barrique y techos de paja. Otra anécdota de Rafael Ortiz Arango dice que la calle estaba trazada siguiendo un camino indígena que atravesaba la ciudad desde occidente y llegaba hasta Mazo, en Santa Elena, lo que era antes el Camino de Arví.

Pero la historia que nos concierne comienza en la década de los 80, cuando aparecieron en forma de rincones oscuros los primeros espacios de homosecialización. En estos rincones los "maricas" de la época se protegían de los ojos curiosos y de la fuerza represiva de la policía, que se llevaba a los "anormales" que cogieran en la calle a

Hay calles que forman parte de la historia y calles que hacen historia. Barbacoas, calle de lúcidas locas, es una de estas últimas.

Barbacoas St.

María Isabel Naranjo.

discreto, metido en el callejón oscuro y solitario, que fue donde las parejas gay encontraron el escondedero ideal para sus encuentros amorosos. La discreción del Machete fue famosa, recuerda Óscar: "exigíamos un buen comportamiento, que no hubiera escándalos, que se utilizaran buenos modales, y nunca hemos querido que bailen", y la gente les hizo caso, tanto que llegaban de todos los barrios de Medellín muy temprano y a las 6:00 de la tarde ya no había donde sentarse.

Al frente de El Machete —una herramienta muy típica del macho antioqueño— abrió sus puertas El Paisa, que era todo lo contrario. Música duro en discos de vinilo de 45 revoluciones, baile de cuerpos pegachentos y muchas peleas es lo que recuerda Doris, quien empezó en la barra para luego ser la administradora y después la propietaria del local. En 1994 inaugura Noches Alteradas dirigido únicamente a lesbianas. Terremoto, periodista y dueño del Magazine Némesis Times, relata en una de sus reseñas que la inauguración fue apoteósica con la orquesta de León Rodríguez tocando hasta las 6:00 de la mañana. Doris también fue la organizadora de dos campeonatos de fútbol para lesbianas en 2003 y 2004. El Chola dice que fueron los domingos más animados de Barbacoas: "esas viejas se daban duro, gritaban y peliaban, pero también había un equipo de gays que les hacían competencia".

Retomo la conversación con el chico de la campaña, el mismo del condón, que hace parte de una brigada de gays que visitan todos los sitios que hay en esta cuadra para repartir los condones. "Los bares gay nos permitieron comprar nuestro derecho a ser ciudadanos en esta calle, acá nos sentimos libres". Mi mente se pierde de la conversación buscando los datos del último informe de la Personería de Medellín sobre violencia de género: "once crímenes por prejuicio, un homosexual amenazado en la Comuna 13, dos travestis asesinados en el barrio El Limonar y en Bello Oriente, dos lesbianas expulsadas de un centro comercial...".

Hace treinta años, sin la Constitución del 91, apenas se contaban tres locales en esta calle: El Machete, de los hermanos Óscar y Orlando Gómez; el Club Barbacoas, de la familia Fernández Castaño; y El Paisa, que ahora se llama Noches Alteradas y su dueña es Doris Ríos; poco después vino el Minimercado El Viejo Migue, un guajiro que en realidad se llama Jorge y antes no era un minimercado sino un negocio de empaques y plásticos que evolucionó a tienda de barrio. Cuento los locales que se encuentran a lado y lado de la calle y ahora suman trece. A la izquierda, mirando hacia la Avenida Oriental, se encuentran el bar Rainbow (que hasta hace unos meses era Chiquitita), la discoteca Azúcar (un nombre "pegajoso y dulce" para la rumba gay, el hotel La Hora Alterada, y el bar la K-nequita. Al frente, en la acera derecha, están el bar Kanahan, Controversia, Milan's Bar (antes Planet), el Bar de Moe, y la Fonda Luna.

"Todos fuimos al Machete a chupar jeta", así recuerda Mario León al Machete, que abrió sus puertas en 1984. Cuenta Óscar Gómez que a los cinco meses de abrir como un bar para parejas heterosexuales, sus mesas fueron ocupándose con la siguiente disposición: hombre con hombre y mujer con mujer. Quizá porque era un rinconcito agradable y



La calle Barbacoas el día del Orgullo Gay 2011

veza en la tienda de Migue, Terremoto cuenta historias y me compara a Barbacoas con la Castro Street, en San Francisco, legendaria porque el primer hombre abiertamente homosexual fue elegido para un cargo público en 1977: don Harvey Milk. Si esta calle fuera una ciudad seguro elegirían a Abraxas Aguilar como su alcaldesa (antes de cambiarse el nombre por Abraxas, Jorge Hernán Betancur fue concejal de Medellín en 1970, candidato a la presidencia en 1998, candidato a la gobernación de Antioquia en 1999 y candidato a la alcaldía de Medellín en 2003). Ella tendría la posibilidad de guiar a una ciudad ruda, llena de vida, de energías vitales, con una Revolución en ciernes, que tiene un eco de veinte mil personas marchando cada año por las calles con el orgullo de ser gay.

Los cronistas coinciden en señalar que por debajo de esta calle y de la Catedral Metropolitana pasa la quebrada La Loca, que llamaron de esta manera porque cuando llovía se salía de madre y arrastraba a su paso piedras, palos y latas. Fue de La Loca que sacaron piedras para construir la Catedral, y en 1944 tuvo que ser desviada y canalizada. Dicen que en una de sus enloquecidas, la fuerza del agua tumbó una de las paredes del sótano, cerca de la cripta de osarios donde se encuentran los restos de Tomás Carrasquilla, quien debe estar orgulloso de sus vecinos, recordando su antigua casa en las épocas de Ébano y Marfil. Cuando le narro a Humberto la anécdota de La Loca, él me suelta una perla que todavía me da vueltas en la cabeza: "Ahora resulta pues que de la quebrada La Loca pasamos a la calle de las locas".



Doris y su equipo el día que ganaron el campeonato de fútbol para lesbianas



231 00 40

Pascual Gaviria. Fotografías Juan Fernando Ospina



Las rejas blancas y recias de una fortaleza, cubiertas de una pelusa de polvo y grasa, separan a la Lonchería Maracaibo de los agites eternos de la carrera Bolívar. En realidad son un alarde innecesario: la Lonchería solo está cerrada durante tres horas muertas en mañana. La alcahuetería es la principal vocación del restaurante que durante más de cuatro décadas ha sido dispensa indispensable para noctámbulos de oficio, vampiros de juerga, jugadores insomnes, borrachos de apetito desordenado, choferes con *jet lag* y otras especies que revolotean alrededor de su teléfono involudable. A la 1:30 a.m. se cierran las rejas pero se abre la ventanilla bondadosa por donde se atienden los caprichos del remate de la fiesta. Si la pequeña ventana de la lonchería, luminosa como una caldera, no ofreciera sus botellas y sus cajas varias, Medellín se habría dormido mucho antes muchas veces.

A las 7 p.m., la carrera Bolívar a espaldas del Nutibara es un hervidero de vendedores de frutas, legumbres y celulares. Los voceadores de buses gritan el barrio de destino. Debajo del metro están los depen-

dientes de un tapete que exhibe gangas a punto de ser basura. De pronto se oye una gritería: "cójalo, cójalo"... El ambiente se llena de un entusiasmo general. Salgo de la lonchería en busca de un poco del espectáculo siniestro y me cruzo con un joven que exhibe un garrote en la mano y la sonrisa del deber cumplido en la cara. Pregunto por el ladrón y todo el mundo me alza las cejas. Un cigarrillero me entrega la única respuesta: "Se robó una cadena de plata... ¡Y estaba gruesa!". No importa que eso suceda día de por medio en las afueras de la Lonchería Maracaibo: la elegancia debe conservarse y los meseros siguen llamando "el salón" a su espacio de 10 mesas, al que le da calor de hogar un pequeño carrusel de pollos asados.

En una mesa del salón, leyendo el periódico del día en la noche, está la señora Laura Rosa Duque. Como los detectives de las comedias mira con ojos desconfiados por encima del pliego: no le dan buena espina los preguntones y mucho menos si son desconocidos. Les pide a los meseros que nos interroguen y los meseros nos dejan las cervezas frías entre murmullos y risas. Uno de ellos me señala con un puchero a la señora de largas trenzas blancas como la mamá de los dueños. Me paro hasta la mesa de la decana de la lonchería y cuando le ofrezco mi mano como saludo ya me ha contado tres historias de su natal Marinilla: "Es que uno tiene que estar pendiente. Mis hijos me decían: mami, vos parecés que hubieras estudiado pa' fiscalía". A los 84 años solo se puede alardear con los 12 hijos, los 50 nietos y los 50 bisnietos. Intento que se concentre en el nacimiento del negocio y me dice: "Ah, esto nació después de que se cerró 'La casa del pollo', que era allí a la vuelta". Me deja claro que nunca ha conocido los agites de esa cocina y que los dueños del secreto fueron sus hijos Manuel, Darío y Fernando. Mientras habla de lo dura que está la competencia, le deja caer dos groserías provocadoras a un mesero y me señala con ca-

riño a su nieto mayor, que atiende la registradora. Se despide con un beso en la mano y cuando le pregunto por el mejor plato de la lonchería me responde con un susurro desgano: "Ay no, a mí me gusta es la agusalita de la casa".

Dos mujeres que se han pasado a vivir al delantal atienden la cocina de la lonchería en el turno de la noche. Una le da vuelta a los borbotones de las ollas de regimiento y entrega las cajas rebosantes al despachador, mientras la otra se dedica a lavar platos en una caneca de



agua espumosa. Todo tiene un aspecto de curtidura limpia. Las señoras miran con curiosidad al curioso que se asoma a su rutina. Ellas saben que cocinan para el más pernicioso de los batallones de la ciudad. Las ollas tremebundas de los frijoles, el arroz, la posta y la sobrecarga, el consomé y el mondongo, están a fuego lento, con el cucharón dispuesto, espesando para los clientes del último pedido a las 5:30 a.m.: los más necesitados. Los platos están destinados a darle la famosa vuelta y vuelta al hígado, las chuletas, el cerdo y el pescado para las bandejas.

Pero los grandes secretos de la lonchería no están en la cocina sino en el embalaje de sus raciones. Las cajas blancas se apilan por todas partes con un orden sorprendente: algunas forman flores circulares sobre las repisas en una especie de origami involuntario. Y se llenan a dos manos: en la cocina reciben parte del contenido y en el mostrador les entregan la cuña de ensalada y el cierre definitivo. Guardar una bandeja con posta, salsa criolla, frijoles, arroz, papas fritas, repollo y arepa en una caja de cartón es un desafío. Cuando la caja está llena y tan compacta que es imposible que algo se mueva en el recorrido, se cubre con un pequeño plástico que impedirá filtraciones. Una vez sellada se mete en una bolsa de papel donde se firma con el garabato que especifica el contenido. Eso para las bandejas. Los caldos tienen sus cocas de icopor, y la tilapia y el cañón su propio empaque estilizado: una caja plana como de camisa fina. Baratísima según el aviso sobre la ventanilla de la cocina: "Todo servicio para llevar en caja vale 300".

Wilson, uno de los repartidores de vieja guardia, me dice que en sus tiempos de apogeo la lonchería llegó a lucir nueve Kawasaki100 frente a su portón. En los bares clásicos de Guayaquil —Paletará, Lucán, Chapultepec, Renobar— no se pedía otra cosa. Y los camioneros que

se hospedaban en el Hotel Karen bajaban de Yarumal soñando con las chuletas. Las loquitas de Labios y el Majestic guardaban la línea con una caja de arroz Maracaibo con tajadas de maduro. Pero la lonchería ha criado su propia competencia: "Muchos de los empleados que han salido de aquí han montado restaurante. La lonchería es el papá de Nuevo Milenio, Calibío y La 41. Y ahora solo somos siete mensajeros atendiendo el fin de semana".

La verdad, siete mensajeros no me parecen pocos. Wilson me dice que puede hacer 15 o 20 viajes en su jornada y, en promedio, en cada viaje va en busca de 4 o 5 direcciones. La suma es sencilla: de las 8:00 p.m. del sábado a las 5:30 a.m. del domingo, la lonchería puede auxiliar más o menos a 540 guardias que buscan sustento alimenticio para poder tragarse las botellas por venir. Porque la Lonchería ha tirado desde siempre, y eso hace parte de su reputación, el anzuelo de succulentas botellas de aguardiente, ron, vodka, tequila y whisky. Y un consomé de pollo, pasado con tequila a las 4 a.m., es uno de esos milagros que el dinero sí puede comprar.

Hemos hablado de la lonchería como cocina de combate, así que es lógico que Wilson tenga dos deserciones anotadas en su hoja de servicios en el ejército. Me señala los límites de sus misiones en el mapa de la Maracaibo: la Frontera en Envidado, la 10 Sur con la 52 en Guayabal y el Tricentenario por el Norte. Pero de vez en cuando se puede ir un poco más allá y llevar unos tamales o un muchacho en salsa o una ensalada de finas hierbas.

Las Kawasaki100 son historia y ahora cada repartidor trabaja en su propia moto. Wilson tiene un tiesto que parece un pandero recién pisado: "Yo nunca he comprado moto nueva, pa' qué, a mí me han robado tres o cuatro motos repartiéndolo pa' la lonchería. Todavía me roban: se llevan la comida, la carpa y adiós... Esta lambretica ni la miran", dice, y señala con ternura a su Vespa blanca marcada con el GZV52.



Elkin Obregón S.

Frases

Habla Pío Baroja en sus Memorias de una niña que fue internada en un convento de clausura (no recuerdo las razones). Allí creció, allí se ordenó de monja, allí transcurrió su vida, sin abandonar nunca esas cuatro paredes. Ya vieja, sus sobrinos la convencieron de que saliera, "a conocer el mundo". La subieron a un carro, y con ella recorrieron el pueblo, sus plazas, las fachadas de sus templos y mansiones, las calles, los parques. De regreso al convento, sus compañeras la indagaron sobre aquel paseo. Ellas respondió que ya había conocido el mundo, y que no le había gustado.

Llama una señora a un programa radial nocturno. Se presenta, dice que es ama de casa, y abuela, y que siempre ha escrito versos, que sólo conocen los suyos. Lee varios de ellos. Retuve uno: "Porque me ves hermosa, soy hermosa".

"Yo he estado muchas veces en la cárcel, señor Borges. Pero siempre por homicidio". (De un compadrito de Buenos Aires).

Tal vez el más bello verso de la poesía colombiana (en este caso, dos), esté en el poema *De noche*, de Rafael Pombo:

"Feliz el que consulta
oráculos más altos que su vuelo".

Tiene al menos dos lecturas, como suelen decir los críticos literarios en casos parecidos. La primera alude, por supuesto, a la vida. La segunda, a la poesía.

"De modo que, en estricta lógica, las masas humanas no pueden salvarse ni ser educadas. En cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas". De Juan de Mairena, alter ego de Antonio Machado.

"Qué lindas son las mujeres. Inútil pensar que es por el vestido". (De un poema de Manuel Bandeira).

CODA

Murió hace poco Boris de Greiff. Con su muerte, y en un intervalo de meses, muere por segunda vez este año el ajedrez colombiano. Gran estudioso de la obra de su padre, poseía una sólida cultura, y una cultura ajedrecística inmensa. Jugador de primerísima línea, analista, investigador incansable y siempre actualizado del complejo universo de los escaqueos. Era un hombre afable y sosegado. Ejercía mecenazgos. Para el mundo de nuestro ajedrez, es y será irremplazable.

En el salón la seguridad está garantizada. Los policías y los azules comen con el 30% de descuento. Son los únicos que reciben promociones por parte de la lonchería, que siempre ha despreciado las gangas semanales que usa la competencia. La Maracaibo tiene maneras clásicas: hace poco se sometió a la vulgaridad de vender hamburguesas y chuzos. Espero que no moleste la comparación: son un Hatoviejo en caja para los amanecidos, un Doña Rosa con bar abierto.

Miro el local de la lonchería desde la acera del frente. Parece un comedero más en la inmensa olla aguamacera de los corrientazos. Pero la lonchería es un número, es un nombre, es una solución para otros corrientazos, es una institución invisible debajo del Metro de Medellín. Es el único domicilio que puede llevar la comida, la botella que cierra la rasca y el calentao del desayuno en la misma caja fuerte. ☪

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMOLOGO CIRUJANO U. DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA,
Calle 51 No. 45-93
Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Carlos Alarcón

CARNE DE TU CARNE ES LA QUE TE MATA
ACRÍLICO SOBRE LIENZO

Soldados que no son de plomo pero que igual se funden por acciones ajenas, piezas vivas de juguete en manos que ordenan, condenan y mutilan a su antojo; la vida que no es sueño y los hombres que siguen pensando que la guerra debe estar más allá de los anaqueles de colección.

Rodolfo Alarcón

Arte central de **UC**
con el apoyo de



Bailando por un sueño

El Suave, La Bahía, El Oro

Líderman Vázquez. Ilustraciones Verónica Velázquez



En 1980, cuando el fin de siglo era algo tan distante e incierto como el juicio final y la mafia algo que ocurría en la Guajira o en libros sobre Al Capone, Medellín era todavía una ciudad tranquila. Salíamos de la U por Barranquilla y caminábamos por Prado o por Juan del Corral o por la carrera Bolívar. Cualquier camino conducía a Roma. Nos sentábamos un rato en las gradas de la Metropolitana y alguien sacaba de la mochila una botella de brandy y a mí todo se me parecía a un poema de Octavio Paz en el que también había unas gradas y muchachos y muchachas festejando los días sin gloria de la juventud. A las siete de la noche Roma ardía.

Eran tres bares. El Suave, un garaje ubicado en la carrera Bolívar, cerca a Residencias Aruba; La Bahía y El Oro de Múñich, contiguos uno del otro, con una sede del Partido Comunista separándolos. Ambos quedaban en Zea, entre Carabobo y Juan del Corral. A mí me gustaba mucho El Suave porque fue el primer bar de salsa que conocí en Medellín y porque la gente se las arreglaba para bailar en un espacio tan reducido, sobre todo cuando ponían El Carretero o Llorándote o el Sonido Bestial... Todos éramos felices y no sabíamos cómo, pero siempre había cerveza y Lucky y Pierrroja sin filtro.

Por esos días el poeta había ganado el Premio Nacional de Poesía y entraba al pequeño bar con su pequeño séquito. Afuera, en la acera, donde siempre había más gente que adentro, se tomaba cerveza, se leía, se bailaba. Muchachos y muchachas que uno veía en las cafeterías de la universidad o en la biblioteca, estaban ahora vibrando con la música, o hablando de Castaneda, o leyendo entre ellos poemas de Rimbaud o de Antonin Artaud. También se hablaba del poeta. Unos decían que sus poemas eran puras imágenes que éste sacaba de las gavetas de su escritorio y las iba pegando. A mí me gustaban sus poemas y años después, cuando el país se volvió una pesadilla, recordaba estos versos "Alguien suelta sus pájaros oscuros desde las secretas cámaras del palacio" como ejemplo del carácter premonitorio de la poesía.

Cualquier día compraron todas las casas de la carrera Bolívar porque lo del gran robo iba en serio —Medellín tendría Metro— y El Suave lo pasaron para La Paz, en la calle donde quedaba la Lavandería Real. Fui un par de veces y saludé a don Suave, el dueño, quien me reconoció a pesar de que hacía tiempos no me veía. Uno se podía hacer en la barra, conversar con él, y, entre cerveza y cerveza, pedirle un tema; incluso, llegó a ocurrir que alguna vez nos fiara una ronda de cerveza, a nosotros, unos estudiantes que nunca tenían dinero y que lo único que hacíamos era festejar los comienzos de nuestra primera juventud. No me gustó el local y mis visitas se hicieron esporádicas hasta que finalmente dejé de ir. Años después lo vi, viejo, con semblante de persona enferma, y me contó que estaba sufriendo de diabetes, que su hijo mayor ahora atendía el negocio, ubicado en Colombia, por los lados del Éxito. Recuerdo que me dijo, recordando esa época, que muchos de los que iban a su negocio eran hoy profesionales, que a veces se los encontraba y lo saludaban con alegría. Lo decía con orgullo, como un padre cuando habla de los logros de sus hijos.

Adonde sí íbamos, casi todos los días, era a la Bahía y al Oro de Múñich. Si estabas en la Bahía te dabas una vuelta por El Oro, así le decíamos, a saludar a un amigo, o viceversa. Los viernes, desde las seis, empezaba a llegar la gente, y a las siete la calle estaba totalmente llena. Había corrillos de muchachos y muchachas de pie, sentados en la acera, bailando, conversando. Una muchacha que escribía poemas húmedos, damnificada de El Suave, iba de corrillo en corrillo con su culo de negra, aunque no era negra, y su voz sensual, resbaladiza. Todo, un simple saludo, un comentario sobre el mal tiempo, le salía en verso libre, y cuando nos hablaba, atrapados en esa atmósfera de sensualidad, alguien se propasaba en las caricias, pero ella seguía, de corrillo en corrillo, hasta que llegaba a la puerta del Oro y se repartía en abrazos y besos por las mesas buscando su objetivo. Era como ver un documental de la National Geographic sobre la vida salvaje.

Parece que al poeta le gustaban más estos dos bares, aunque creo que más El Oro, porque siempre que recuerdo esos años lo veo saliendo o entrando o simplemente sentado en una mesa con sus amigos. Debí ocurrirle lo mismo que a todos: fue al Suave, que quedaba justo detrás de La Bahía, y no le gustó tanto como el garaje, sintió nostalgia y prefirió los otros dos. ¡Uno se pone a tirar memoria y los recuerdos están tan enredados...! Por los años en que El Suave quedaba en la carrera Bolívar la gente decía —ya vuelvo, voy a dar un vuelto— y se iban para La Bahía o para El Oro a ver si encontraban a un amigo o a una amiga. Fue en El Suave que vi por primera vez a una muchacha mona de cabellos ondulados, estudiante de medicina. Traté de recordar quiénes eran sus amigos, con quiénes se hacía, pero todo lo veo borroso. Siempre aparece en mi recuerdo bailando, con un pantalón blanco, de tela ligera, moviendo sus amplias caderas y siguiendo la letra de la canción que, en mi recuerdo, siempre es El Carretero. Equis, un muchacho de Artes con el que hice amistad en esa época, me dijo que una noche habían salido de La Bahía y ella lo había llevado a la casa donde vivía con otras amigas y se la había comido desde antes del alba hasta el amanecer. Equis me contaba y yo por dentro me reía porque no le creía. Es divertido cuando alguien te cuenta algo que tú sabes que es mentira y no le dices nada, lo dejas hablar, y quisieras preguntarle cómo le fue con esos pedos cerviceros que uno se tira en las mañanas después de una noche de rumba. Dejé de verla y no me extrañé porque la gente a veces se iba, emprendían largos viajes por Suramérica. Un día supe que se había suicidado, lejos, muy lejos de aquí.

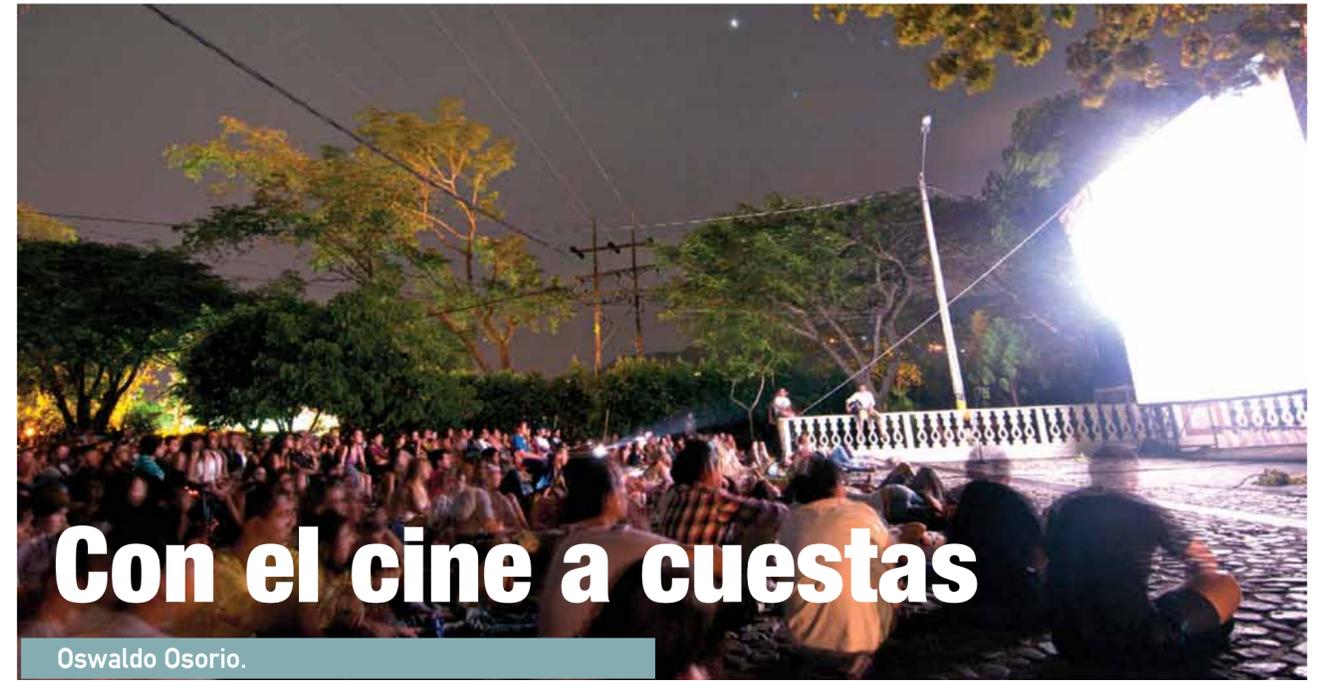
También iban los poetas surrealistas, que en la época de El Suave no sé si eran ya surrealistas o se estaban volviendo, pero que en los tiempos de La Bahía y de El Oro, estoy seguro, ya lo eran. Tenían una revista en donde publicaban textos suyos y de los grandes maestros del surrealismo, textos que yo no entendía por mucho que los leyera. A mí la poe-



sía me parece un género difícil de entender, tiene uno que estar en vena para poderse conectar, y, por eso, por no estar en vena, pierde uno la oportunidad de disfrutar textos que seguramente a otros les parecen buenos. Por ejemplo, el día que leí por primera vez *El perro sin plumas* me conecté inmediatamente con ese poema, no lo entendí de una manera explícita, pero mientras lo leía, era como si estuviera viviéndolo. Ese día estaba en vena. Recuerdo a los poetas surrealistas con sus largas mochilas, sus bufandas, unas veces en El Oro, otras en La Bahía, bailando con muchachas que no sé si eran surrealistas como ellos o simplemente amigas, y tarareando Oriente, de Henry Fiol, entre pase y pase. A veces los veo desde las ventanillas de los buses y se ven jóvenes, como si la Escritura Automática los preservara del paso del tiempo.

Tanta fiesta nos cansaba: —qué pereza esos bares— decíamos. Pero era mentira. En la noche estábamos sentados en una mesa llena de cerveza, algunos cantando, otros bailando, o celebrando a un filósofo de Magangué que en un poema sacó a pasear al Imperativo Categórico amarrado de un lactito como si fuera un perro. Eran los días del M-19 y desde hacía mucho tiempo se escuchaban cosas sobre Pablo Escobar, el MAS, Carlos Léder... Recuerdo mucho a un muchacho barbado que le resultaba muy atractivo a las mujeres, muy amigo de Salazar, el hoy alcalde. Iba con su mochila, desaliñado, con el cabello largo pero no tanto y con una camisa leñadora. Es muy probable que, camuflados entre tanto estudiante (Había una sede del Partido Comunista entre los dos bares) también hubiera tipos, o tipas, de los organismos de inteligencia del Estado. Lo cierto es que un día en la universidad aparecieron pedacitos de papel en los baños, en los pasillos, en los salones, con la imagen de ese muchacho, y, bajo la foto, la palabra desaparecido. Se hicieron marchas, y a ellas asistían estudiantes, profesores, familiares del muchacho, y hasta las meseras que atendían en el Oro, pero nunca más se supo de él. Se llamaba José Mejía.

Cuando desaparecieron al estudiante, ya, desde hacía mucho tiempo, yo no iba a los bares. Quizá lo que he escrito no sea real, puede que otras personas recuerden cosas diferentes. El único vehículo que tenemos para llegar al pasado es el lenguaje y este todo lo altera. Ocurre aquí lo mismo que con el Principio de Incertidumbre de la física cuántica. Nunca sabremos por dónde andan los recuerdos, cuando queremos atraparlos el lenguaje los desvirtúa, los falsea. Tan imposible como ubicar la posición de un electrón. ☐



Oswaldo Osorio.

El cine llegó a Medellín a galleras y plazas de toros en los estertores del siglo XIX. Por aquel entonces, igual que lo hizo Bruno Crespi en Macondo, un ejército de empresarios trashumantes se repartió las ciudades y pueblos del mundo para llevar el cinematógrafo, si venían de parte de los hermanos Lumière, o el proyectoscopia, si los había mandado Edison.

Claro que Macondo fue el único lugar que despreció la nueva atracción, cuando sus habitantes vieron como un engaño que un actor muerto en una película, resucitara para la cinta de la semana siguiente. Por lo demás, el cine fue acogido con fervor desde las grandes capitales del mundo hasta los más recónditos e impronunciables poblados. Y todo empezó con centenares de proyectores viajando en barco, tren o a lomo de mula. Por eso el cine comenzó siendo portátil, una atracción de feria ofrecida por nómadas de la luz y de la imagen en movimiento.

A finales de 1898 se dio la primera función de cine en Medellín. Era un proyectoscopia, traído por los señores Wilson y Gaylor, en el que se pudieron ver las acostumbradas imágenes de aquel entonces, esto es, películas entre cinco y diez minutos que todavía no contaban historias sino que mostraban la febril actividad de las grandes ciudades: trenes, transeúntes, bailes, carruajes surcando las calles, etc.

Esas primeras funciones fueron en el Teatro-Gallera, años más tarde serían el Teatro Principal y a partir de 1910 es el célebre Circo España el que empieza a tener al cine como uno de sus acostumbrados programas, los cuales intercalaba con obras de teatro, zarzuelas y corridas de toros. Dos años después, sus administradores se asocian con los hermanos Di Domenico, pioneros de la producción y la exhibición del cine en Colombia, para mantener una programación más regular y variada. El cine ya estaba en casa.

Se abren los templos del cine

Y así como ocurrió en Medellín, al mismo tiempo se dio el advenimiento y furor del cine en todo el mundo. Esos proyectocinistas nómadas esparcieron las semillas para que se crearan las primeras salas de cine. Ya para la primera década del siglo XX los llamados Nickelodeones invadían las ciudades de Estados Unidos, y con ellos el cine se convertía en la forma de entretenimiento más popular, pero también significaron el inicio del predominio del cine sedentario.

Por el soporte en el que se encuentra la obra, el cine es el arte que más condiciones

exige para ser consumido. Esto se debe, en principio, a su base tecnológica, pero también a unos requerimientos necesarios a la hora de presentar una película: proyector, pantalla, sonido amplificado, butacas y sala oscura. Si bien estos requerimientos inicialmente se ajustaron a la itinerancia de un pasatiempo que apenas se daba a conocer, cuando fue más popular y rentable fueron concebidos para grandes salas y así ofrecer un mejor espectáculo.

Para los años veinte los Nickelodeones, que todavía tenían mucho de teatro de variedades, habían sido sustituidos por los grandes templos del cine, creados en función de las proyecciones cinematográficas y dotados de un gran aforo. En Bogotá ya hacía años operaba el famoso Teatro Olympia y en Medellín se construyó, en 1924, el siempre recordado con nostalgia Teatro Junín.

El primero duró 33 años y el segundo una década más. Ambos sucumbieron ante la concepción de progreso de los gobernantes de turno, al de Bogotá le pasaron por encima una calle y al de Medellín lo aplastaron con el edificio más emblemático de la ciudad. Luego de más de medio siglo como la forma predominante de exhibir películas, el fin de estos templos del cine en Colombia hace parte de una tendencia mundial, a partir de la cual empezaban a desaparecer esas grandes estructuras dotadas de cuatro mil o seis mil butacas (como el Junín y el Olympia, respectivamente). En consecuencia, para los años ochenta el panorama había cambiado casi por completo. Los cines de barrio dejaron de existir y el público empezó a ver cine en sus betamax o en pequeñas salas agrupadas en multiplex incrustados en centros comerciales.

Del Kinetoscopio al iPad

Pero la razón de ser de este recorrido por la exhibición del cine no es el lamentado y la nostalgia, sino reparar en una paradójica situación que se presenta desde hace unas dos décadas y que en los últimos años ha cobrado mayor fuerza. Y es que el cine de nuevo ha empezado a ser portátil y trashumante. Otra vez la tecnología lo hace posible. El formato de video (ya en VHS o DVD) y los cada vez más pequeños y baratos proyectores de video, han devuelto el cine a la carretera y lo han sacado a las calles y plazas públicas.

Pasando agachados por el complejo —para estos casos— asunto de los derechos de autor, instituciones, cineclubes, festivales de cine y hasta pequeños empresarios como los de hace un siglo, cargan sus películas y proyectores hacia todos los rincones de las ciudades y del país. El medio centenar de muestras y festiva-

los que hay en Colombia dan fe de ello, pero también los programas culturales y de formación de públicos llevadas a cabo por distintas entidades y hasta —muy tímidamente— habría que reprochar por los mismos entes estatales.

La gran diferencia con el cine portátil de hace cien años es que ahora todas esas funciones son gratis. El eslogan propuesto hace más de una década por el Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia de "cine bajo las estrellas", se ha impuesto en este nuevo ciclo de películas nómadicas, y el techo de estrellas no se cobra. Igualmente, el "Cine Andariego", uno de los principales programas itinerantes de Medellín, es una bella expresión que le da nombre a esa vocación que tienen muchos para echarse el cine a cuestas y llevarlo a un público siempre ávido de ver las historias de la gran pantalla.

Esta situación llega a una coincidencia mayor con los orígenes del cine cuando es posible ver que ahora, por vía de los computadores portátiles y los iPad, que un considerable nú-



mero de espectadores ven las películas en solitario, así como se prefiguró Edison que se debía ver el cine cuando creó el Kinetoscopio, el cual, a diferencia del cinematógrafo, solo podía ser visto por una persona, porque la película estaba proyectada dentro de una caja y se veía a través de una rendija. La diferencia es que aparato de Edison era grande y solo almacenaba una película, mientras los dispositivos actuales se pueden llevar bajo el brazo y conteniendo hasta varios centenares de películas. El ciclo del consumo de cine parece que volvió al mismo punto, pero es abismalmente diferente. ☐

Fotografías: cortesía del Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia

XII FESTIVAL DE CINE DE SANTA FE DE ANTIOQUIA
MEXICO
 IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN
 DICIEMBRE 7 AL 11 DE 2011

CAJA DE PANDORA
 LO MEJOR DEL AUDIOVISUAL COLOMBIANO

TALLER DE TALENTOS CINEMATOGRAFICOS

MUESTRA CENTRAL

MUESTRAS ESPECIALES

Para todos, gratis bajo las estrellas.

Cra. 51 No 52 - 03 Palacio de la Cultura DE-401
 Teléfono: 057 - 41 813 3983 Medellín
 Teléfono: 057 - 41 813 3983 Santa Fe de Antioquia
 www.festivecineantioquia.com
 Facebook: FestivalCineSantaFeAntioquia
 www.festivecineantioquia.com

Cinco días en altamar

Ignacio Piedrahíta. Fotografías del Autor



Muelle de Tumaco, once de la noche. El taxi nos deja en la portería y debemos caminar hasta el buque. Lo distinguimos a lo lejos, amarrado en la penumbra. Al acercarnos, un hombre de overol gris, cruzado a la altura del pecho por una submarralladora, nos invita a subir a bordo. Se presenta como el teniente Alvarado y, con la amabilidad de los jóvenes que tienen tendencia a la gordura, nos hace un recorrido por el laberíntico interior de la embarcación. Para quienes nunca hemos navegado, términos como “sala de máquinas”, “cámara de oficiales” o “puente de mando”, solo existían en los libros de aventuras.

Para llegar a nuestro camarote, bajamos a la cubierta inferior por una escalerilla. Es una pequeña habitación en el extremo de proa, justo encima del casco; de ahí que sus ángulos sean extraños y sus paredes curvas. Hay dos camas de tres pisos cada una. Los cuatro científicos a los que acompaño hacen una democrática repartición y me toca dormir

en el nivel superior. Dos cuartas por encima de mi nariz, está el techo. El ambiente permanece fresco gracias al aire acondicionado, pero se respira un aroma a encierro. La noche transcurre mecida apenas levemente, y me da la sensación de que estoy preparado para salir a mar abierto.

La mañana siguiente está dedicada a preparar la partida. Los veintidós suboficiales y cuatro oficiales de la tripulación ponen todo “a son de mar”, según palabras del capitán, un hombre sereno y educado que aparenta más años de los cuarenta que le calculo. Nos explica, con pausado acento boyacense, que el ARC Gorgona era un buque destinado a mantenimiento de boyas, pero que hace poco fue equipado para labores científicas. Solo hay dos lugares a los que no podemos acceder, nos dice: la sala de comunicaciones y el armerillo. De resto, nos invita a sentirnos como en casa a lo largo de los cincuenta metros que tiene la embarcación.

A medio día nos llaman a almorzar. El comedor, oficialmente llamado “cámara de suboficiales”, es una habitación con dos mesas y una salita de televisión. Por un hueco que comunica con la cocina, el cocinero, un costeño viejo, orejón y de pocas palabras, va pasando los platos ya servidos —sopa, carne, arroz y plátano maduro—. La idea es comer más o menos rápido y pasar a la cocina a lavar los trastes. Las sobras se lanzan al agua por una abertura que hay encima del fregadero. Una vez cumplida esta rutina, los tripulantes más jóvenes regresan al comedor y se dejan caer en unos

sillones a jugar *Play Station*. En últimas, el marino, que uno se imagina practicando nudos o escribiendo a la novia en sus ratos de ocio, no es más que un muchacho como cualquier otro.

Poco después, se escucha por el altavoz la orden de preparar la maniobra de zarpado. En medio de la expectativa, los funcionarios de puerto sueltan las amarras y, con tres toques largos de sirena, comenzamos a movernos lentamente por el canal que sale de la bahía. Disminuye el personal en la cubierta y solo quedamos los científicos y yo. O casi. El cocinero camina de lado a lado buscando infructuosamente señal de celular. De repente, en un golpe de suerte, logra hacer una llamada, pero algo pasa, porque se va para adentro masticando insultos contra Movistar.

La llegada a mar abierto viene acompañada del monótono cabeceo del barco y, con este, el mareo. Mientras algunos nos vamos arrimando disimuladamente a la borda, otros no parecen haber pasado de la tierra firme a la móvil superficie del océano. El director de la expedición es uno de ellos. No en vano fue cadete en su juventud. Puede leer, trabajar en el computador, etc., sin ningún perjuicio. En el otro extremo está un biólogo al que apodamos “el ministerial” —por sus finas maneras y un inigualable humor de cóctel bogotano—, quien apenas puede articular palabra y no tiene más color que la blanca cubierta del buque. Por mi parte, trato de mantener el estómago en su lugar, pero sucumbo a la mañana siguiente, durante el desayuno. Los buñuelos con salchichón del co-

cinero me obligan a subir corriendo a cubierta. Una vez afuera, con la saliva ya caliente en la boca, miro para donde va el viento y me arqueo sobre la baranda. Después del vómito, uno se siente mejor, o por lo menos con la sensación de que el mar le ha dado una complaciente bienvenida.

Converso con el teniente Niño, ingeniero de a bordo, y me cuenta que lo mejor de navegar es que, una vez se zarpa, los problemas de la vida corriente quedan en tierra firme. Le pregunto por el mareo entre los miembros de la tripulación. Me dice que cada marino posee una tolerancia individual, y según ella va claudicando conforme aumenta la bravura del mar. Hay momentos de mareta fuerte, en los que solo unos pocos tripulantes permanecen en funciones dentro del buque; el resto, si no está de turno, permanece tumbado, enfermo, en los camarotes. “Por mi parte, no sé todavía en qué consiste esa enfermedad”, dice Niño, con mal disimulado orgullo.

El buque avanza bordeando el delta del Patía durante la tarde y parte de la noche. A medida que se suceden las horas de navegación, la tierra firme se va convirtiendo en una línea oscura en el horizonte. En cambio, una sola realidad comienza a delinearse firme y segura, la realidad de a bordo, que ordena a cada quien intentar conocerse y llevarse bien. Se repiten las voces, las figuras, los rostros, que cada uno de nosotros debe ir asociando al nombre bordado en el overol a la altura del pecho. Debido a las distancias que se deben recorrer, los tiempos muertos que quedan a bordo suelen



abundar. Pasamos casi todo el tiempo en la cubierta de proa, provocando un diálogo con cualquiera hasta la hora de dormir. Una vez en el camarote, escuchando el golpe de las olas contra el casco, que sube y baja al ritmo impuesto por el mar, uno entiende que está por fuera de la vida corriente.

Uno de los objetivos del crucero es depositar en el fondo del mar —durante 24 horas, varias veces—, un aparato que mide la corriente submarina. Es un pequeño disco del tamaño de un LP empotrado sobre un trípode de hierro de un metro de altura. Y vale más de lo que pesa. El correntómetro debe quedarse en el fondo de un día para otro, así que es necesario marcarlo con una boya. Fondarlo y amarrar la señal que lo hará visible es el trabajo que le espera a la tripulación.

Con todo claro en el papel, el contramaestre Ortega amarra la cuerda al correntómetro y la pasa por el ojo del brazo de la grúa. Del otro extremo, un grupo de suboficiales con manos enguantadas hace fuerza mientras la grúa se levanta un poco y saca su brazo hacia al mar. Lentamente, los hombres van soltando cuerda para que el aparato se vaya sumergiendo. Deben estar atentos al momento en que este toque fondo y muy rápido amarrar la boya en la punta del cabo, antes de que el viento y la corriente desplacen al buque del lugar de la caída.

Sin embargo, ocurre lo peor. La corriente del mar es tal, que se va llevando diagonalmente el correntómetro sin dejarlo llegar al fondo tan pronto como se pensaba. Los marineros hacen sus mayores esfuerzos por retener la cuerda, que se va acabando, pero las olas se la arrebatan de las manos y esta termina por caer al agua. No hubo tiempo ni modo de amarrar en la punta el balón flotante. Como si fuera poco, el viento y la misma corriente arrastran al buque lejos del lugar de la maniobra. La única esperanza que queda es volver al lugar antes de que la cuerda se entrape del todo y se hunda. ¿Cuánto tiempo tardará? Es imposible saberlo.

Se decide entonces bajar de inmediato un pequeño bote para que vaya en su búsqueda. Parten hacia el punto de caída el teniente Niño y otros dos marineros de los más hábiles. Los vemos aparecer y desaparecer sobre las cimas y los valles de las olas perturbadas, recorriendo despacio de un lado a otro el horizonte. Entonces, se detienen. Todos respiramos hondo, esperando ansiosamente un parte de satisfacción. En semejante silencio, la voz del teniente se oye claramente a través del radio del capitán por todo la cubierta: “¡Nos quedamos sin gasolina!”. El capitán suelta, desde el puente, y

contra toda su instrucción, un gran hieputazo.

El buque debe hacer un lento movimiento de retorno, ya no con dirección al punto donde se ha tirado el aparato, sino a donde deriva angustiosamente el bote. Hasta la más mínima conversación se escucha en cualquier lugar de cubierta. No ha disminuido el ruido de las máquinas, ni la fuerza con que las olas azotan el casco, pero los oídos parecen haberse aguzado en la búsqueda de alguna charla frívola que ignore la emergencia, para tener, quizá, algo o alguien contra quien descargar la creciente tensión. Llegamos por fin al bote, para darle gasolina en medio de un oleaje creciente, que en un momento pone a Niño y los otros al nivel de la cubierta de popa, y en el instante siguiente los baja a un abismo por debajo de la borda.

Con el bote andando, se restablece el plan de búsqueda. Más de cincuenta ojos repartidos por el buque otean al agua en busca de la punta flotante de la cuerda. Entonces, el silencio largo e inflexible, que dura ya más de una hora y media, se quiebra con un grito desde la cubierta de proa. El brazo del cocinero señala un punto indefinido sobre estribor. Incluso los que estamos arriba, en el puente, tardamos largo rato en distinguir la punta de la cuerda a la distancia. No hay abrazos, pero sí cigarrillos que se encienden y alientos desatados. Mientras nos acercamos a la cuerda y le amarramos la boya flotante, el cocinero, desentendido, recorre a grandes pasos la cubierta con su celular en alto, buscando la bendita señal. Seguramente, el plato de lentejas con arroz que repite todos los días ya está en su punto.

Como todos los días, un marinero entra a nuestro camarote a las cinco y media de la mañana con una pequeña linterna y nos va tirando de los pies, cumpliendo con lo que en el argot naval se llama el “alza arriba”. Una vez aclara el día, la tripulación de guardia sale a cubierta para recuperar la boya que ya el piloto ha encontrado fácilmente frente a otro punto del delta. Esta es la tercera vez que se lanza el trípode al fondo del mar y se recupera sin los contratiempos del primer día. Con esta información, ya quedan cubiertas casi todas las bocanetas del Sanquianga, nuevo cauce principal del Patía, desviado hace unas décadas por un comerciante de la región.

Quedan faltando un par de estaciones en la parte sur del delta y el buque se dirige hacia allá. La expedición está a punto de culminar con éxito, pero en la última maniobra de recogida del bote ocurre un pequeño desastre. Mientras es sostenido en el aire por la grúa, una cuerda se rompe y el bote queda oscilando como un enorme pez herido, golpeando una y otra vez el castillo de proa con su casco. El silencio se apodera de nuevo de todos los rincones del buque, mientras seguimos navegando sobre un mar cada vez más encrepado. La idea de hacer dos inmersiones más queda en entredicho. El cielo, por su parte, se va cerrando sin clemencia y arroja puñados de plomo sobre las olas feroces.

La decisión del capitán y el director es dar por terminada la expedición. No hay sentimiento de derrota, solo faltó una pequeña parte. Reina una alegría general por el regreso a puerto. No deja de ser curioso que el marino, cuando está en tierra, lo único que quiera es zarpar, y cuando está en el mar, su mayor deseo sea tocar tierra. Después de cinco días, el tiempo

ha ido dejando su huella. Se ve cierta dejadez en el interior del buque, en los baños, en el comedor. Ya con cierta confianza, conversando con Alvarado, me atrevo a poner en duda las calidades del cocinero. El teniente se ríe: “A Ramiro le falta la sazón que le sobra a los cocineros del Sena que han pasado por aquí, pero tiene lo más importante: no se marea nunca. En un barco, hasta el capitán se puede marear, pero nunca el cocinero”.

Es el último día a bordo. Amanece. Se definen las nubes y la línea de la costa. Por el lado de alta mar, un pequeño sector iluminado resulta ser un enorme mercante. Del lado de popa aparece un manchón púrpura que dura apenas unos minutos. Sobre la costa se observaba ya el muro de Tumaco y el faro, mientras por el occidente, las tinieblas del mar y las

del cielo riñen aún en el oscuro. El capitán supervisa la entrada a puerto siguiendo el canal marcado por las boyas. A media mañana, atracamos. La tierra firme parece demasiado firme. La tripulación, que en el mar es una sola con su barco, comienza a disgregarse, a derramarse sobre el puerto. Cada quien actúa por su cuenta, tiene cosas que hacer, vueltas pendientes, asuntos que pertenecen a otra vida, una vida que el marino acepta a regañadientes y en la que parece no sentirse del todo a gusto, la vida en tierra firme. ☪



Un agradecimiento al profesor Juan Restrepo, el Capitán Rojas y toda la tripulación del ARC Gorgona.

¿QUÉ TIENE QUE VER

parque
explora
MEDELLÍN



un pez gobio con un colador?



Descubre la biodiversidad en Explora

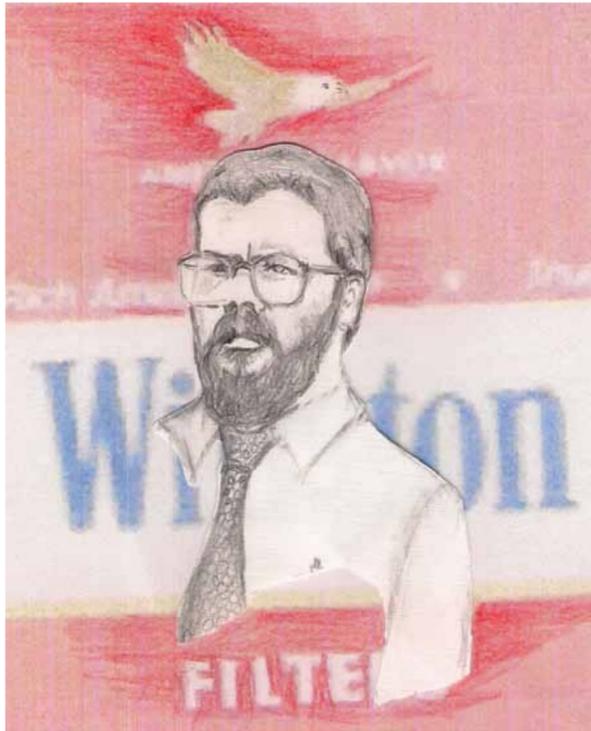
OBRA
Alcaldía de Medellín

Tal vez hace 20 años se cerró la última posibilidad para un proceso de paz con las Farc. En 1991 la Constituyente hizo señales que llegaron hasta el monte. En esta tercera entrega de constituyentes y guerrillos aparece un mensaje inédito de Alfonso Cano a la Asamblea. Tiene un tono distinto a los comunicados agrios de los últimos meses. Ahora Cano está muerto. Su puño que acompañaba el venceremos de siempre fue derrotado. Queda su letra.

Perdidos en los cielos de la Amazonia

Tercera parte de una aventura constituyente de hace 20 años

Iván Marulanda. Ilustración Verónica Velásquez



Le había propuesto a Alfonso Cano que escribiera un mensaje a la Asamblea Constituyente recién alzamos vuelo en Flandes, rumbo a Venezuela. "Lo haré", respondió. Cumplió su palabra: seguros en territorio venezolano, se acercó y puso en mi mano una hoja manuscrita con su firma y la de sus compañeros: "Lo prometido es deuda, doctor Marulanda". Guardé la nota, y de vuelta en la sala de la Constituyente se la entregué a Lorenzo Muelas para que la leyera delante del pleno. Tan pronto terminó, presenté la proposición que prometí a Cano cuando nos despedimos en Caracas: "lo prometido es deuda" también valía para mí. Era el paso más audaz imaginable en el camino de esos diálogos de paz... Lo revelaré en la última entrega de estas crónicas.

Volábamos sobre la selva en busca de Cano, después del encuentro con Iván Márquez. "Me perdí... no reconozco el terreno desde arriba", balbuceó el baquiniano, pálido como hoja de papel y con los ojos negros de animal de monte enchufados en el paisaje infinito de copas de bosque. Hacía rato remontábamos los cielos amazónicos en las direcciones que señalaba con la antena de su radio la mano compulsiva de aquel guía de las FARC que nunca había visto desde las altu-

ras del mundo, en el que vivía sepultado desde siempre y quizás para siempre con sus compañeros de guerrilla. Tuviéramos certeza de que no sabíamos dónde estábamos ni hacia dónde íbamos, aunque hacía rato lo presentíamos.

El hombre en pánico estaba en cucullas en el estrecho espacio delante del asiento trasero del helicóptero, entre el venezolano y yo. Estaba echado hacia adelante con la gorra redonda de tela verde hundida hasta las cejas y apretada a la barbilla por un cordón que le volteaba de oreja a oreja, la visera empujada. Iba desarmado, vestía de camuflado y calzaba las típicas botas pantaneras de las tropas "farquianas"; en la mano derecha empuñaba su pequeño radioteléfono, que estaba muerto, y con la antena estirada al tope tocaba el vidrio delantero del aparato cada vez que señalaba a un lado y a otro en direcciones erráticas que el piloto atendía sin chistar.

Hacia 30 minutos volábamos a ciegas sobre la monotonía de la selva, desdoblado cuando nos despidió Márquez en aquel claro de monte. Sentí la tensión del guía cuando abordó el helicóptero: subió sin abrir la boca y tan pronto trepó al aparato se "asó"; miraba a este lado y al otro, se echaba para atrás y para adelante sin hallarse. Cuando solo

entraba el taco de su confusión, el piloto y yo nos miramos estupefactos, sin mover medio músculo de la cara ni dejar salir expresión alguna que delatara nuestro desconcierto. El guía estaba a punto de explotar de los nervios, como queriendo tirarse de bruces por el enorme vidrio delantero de la nave.

De pronto, el radio muerto resucitó. ¡Nos hablaron! "Los estoy viendo... a su izquierda... avancen y empiecen a bajar". Nos volvió el alma al cuerpo: era la voz de Alfonso Cano. El guerrillero de abordaje, a punto de infartarse, le contestó cualquier cosa en su jerigonza de avanzada. "No intenten asentar el helicóptero que el suelo es pendiente", transmitía Cano desde tierra.

El anillo en la selva donde descendimos para recoger al guerrillero era más pequeño que aquel en que aterrizamos horas antes. No vi a nadie, pero mientras la máquina se suspendía 50 centímetros sobre el piso observé que los árboles gigantes que nos rodeaban se alborotaban como si tuvieran legiones de micos trepadas en los copos. Presentí que centenas de ojos guerrilleros curioseaban escondidos desde las ramas en las alturas: las moles vegetales se mecían y agitaban como frágiles arbustos de guayabo.

Salió del monte un hombre menudo, con anteojos enormes de marco negro que le tapaban buena parte de la cara, barba negra y cabello negro ondulado, vestido de camuflado y botas de cordones hasta la canilla. Caminé hacia el aparato, tranquilo pero a buen paso, mirando al suelo para no tropezar. Era Cano. Lo seguía una mujer blanca, pálida, un poco más joven que él, también menuda, de pelo negro largo y descuidado, la cabeza descubierta y vestida de camuflado, pero con botas pantaneras. Después supe que era su compañera. Cuando la tuve cerca, me pareció ver al común de mujeres con las que estudié en la Universidad de Antioquia en los años sesenta: en su silencio y su palidez inexpresivos presentí la mujer resuelta, disciplinada, leal a su compañero y a su lucha.

Abrió la portezuela del helicóptero en medio del huracán que formaban las enormes aspas al vuelo, y en una exhalación mi vecino guerrillero se tiró de la nave, casi pasándome por encima como alma que lleva el diablo. Se sumergió en la selva. Al acercarse los nuevos pasajeros, les extendí la mano para ayudarles a subir; primero ella, después él. Nos acomodamos: al extremo de la banca el venezolano fantasma, a su lado la dama, luego Alfonso Cano y después yo contra la ventanilla. De inmediato, Cano y yo empezamos a conversar casi sin parar hasta el final de la odisea. "Gracias doctor Marulanda por venir hasta aquí por nosotros... Esta guerra no la vamos a ganar ni a perder... Estamos en la operación más peligrosa en la historia de las FARC... Si subimos a este helicóptero es porque queremos la paz... Nadie en sus cabales quiere vivir y morir en esa selva", etc. Ah, y este detalle sorprendente en cierto momento del diálogo: Cano me preguntó con suavidad por alguien

entrañable de mi casa por quien la familia había padecido momentos terribles, años atrás, y que la prensa de la época reseñó. El comentario distendió la conversación que hasta el momento tenía cierto tono solemne. Sabía por mis lecturas que el hombre que tenía a mi lado era inteligente y culto, político más que guerrero.

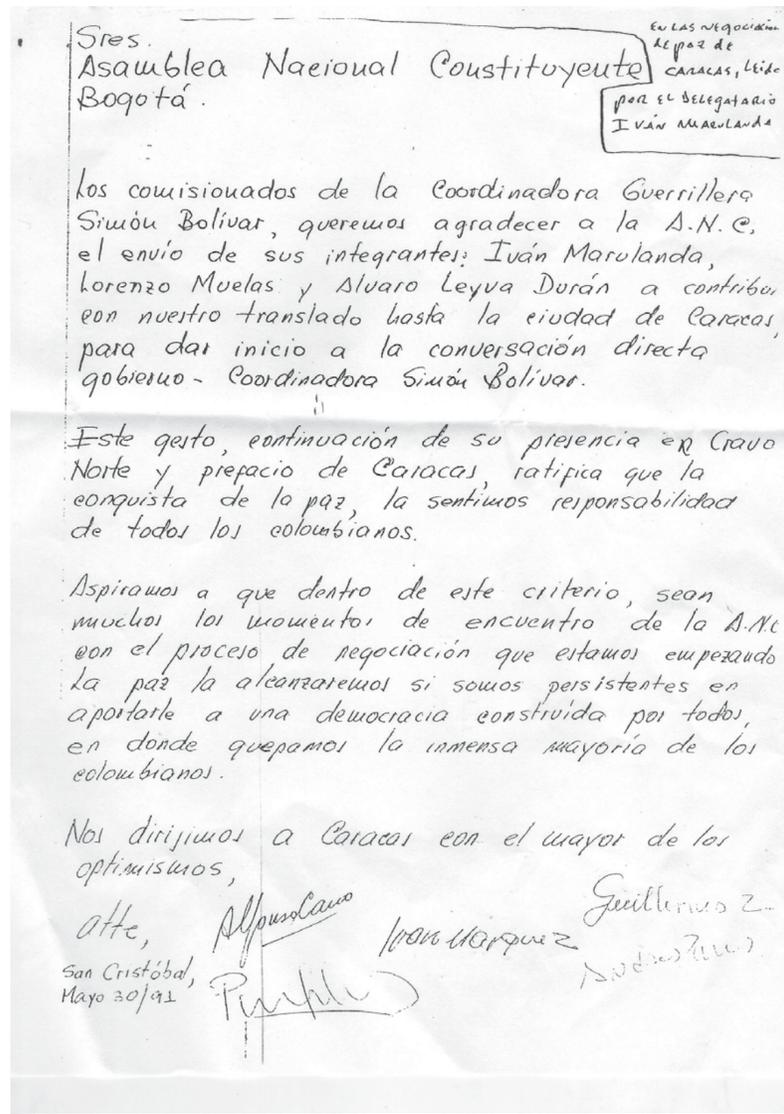
Regresamos sin más tropiezos al sitio donde estaba Iván Márquez. Mientras volábamos hacia allá saqué un ejemplar de mi libro "Testimonio al borde del abismo", que recién había publicado al final de mi ciclo de Senador y que llevaba conmigo para entregar a alguien camino de Caracas, sin saber con quién me iría a encontrar. Se lo dediqué a Cano. Escribí en la contraportada alguna frase sobre las esperanzas de paz. Me dio las gracias y empezó a hojearlo.

Aterrizamos en el descampado de Márquez y su tropa. Cano me insistió que bajáramos para intentar de nuevo la comunicación con Manuel Marulanda, quien quería hablar conmigo. Cano y Márquez se saludaron, contentos de reencontrarse. "Atravesé doce departamentos caminando para llegar hasta aquí", comentó con su voz suave y sonriente Márquez a Cano. Luego nos dirigimos a la orilla de la selva, donde estaba el hombre del radioteléfono, y de nuevo fueron infructuosos los intentos de comunicación con "Tirofijo". Los invité a continuar el viaje, y cuando regresamos al helicóptero el capitán me dijo: "Doctor, se cerró, no podemos salir". Miré hacia el cielo, arriba del tubo de selva: lo tapaba un techo de niebla gris y densa, triste. La leve brizna de lluvia que empezó a caer me acarició la cara.

Regresamos bajo los árboles. Los guerrilleros habían amarrado plásticos de las ramas, a manera de techos para escampar. Cano me preguntó si aceptaría contestarles preguntas a sus compañeros sobre las tareas de la Constituyente. "Con gusto", respondí, y él dijo a voz en cuello que podían dialogar conmigo. La disciplina de las FARC es férrea: era necesario el permiso del comandante para que intercambiáramos palabras. Hablamos buen rato. Sus inquietudes giraron alrededor de los temas campesinos y agrarios: la reforma agraria, sin más vueltas.

"Doctor, ya despejó", susurró en mi nuca el piloto. "Señores, adiós", me despedí, y salimos a las carreras. Subieron Cano y su compañera, y Márquez y la suya: la misma que había filmado nuestra primera llegada. Se acomodaron en la banca de atrás, yo adelante al lado del piloto, y el inefable enviado del presidente Carlos Andrés Pérez seguía invisible y mudo atrás, contra la ventana del fondo.

Cuando volábamos a cielo abierto, el piloto dijo en voz alta para que todos oyéramos: "Doctor, la gasolina no alcanza para llegar a Flandes, hay que tanquear". En las vueltas y revueltas habíamos quemado casi todo el com-



Carta enviada por Alfonso Cano, de su puño y letra, a la Constituyente, firmada por sus compañeros y encomendada a Iván Marulanda

do mi mente y mis nervios vaciaron de lapo las emociones y tensiones de aquella jornada alucinante!

Lleno el tanque, brincamos al helicóptero. Nuestros pasajeros seguían desentendidos, como en paseo del colegio. Un salto al vuelo y caímos en Fresno después de las tres de la tarde, la hora límite para arribar. El aeropuerto estaba rodeado de tipos vestidos de paño azul de fondo entero, corbata y brazalere, que a la legua se veían venidos de Bogotá sin haber tenido tiempo para cambiarse. No pregunté quiénes eran. En la pista estaba Lorenzo Muelas, con quien me abracé, mientras la escuadra de guerrilleros a su cargo, Pablo Catatumbo, Andrés París y Guillermo Zuluaga, cambiaban saludos efusivos con el grupo que yo traía. Seguí hacia el baño y cuando llegué al orinal escuché que alguien exclamó: "¡Ay jueputa! ¡Parezco un mico!". Volteé: era Alfonso Cano delante del espejo de cuerpo entero instalado en una pared; me miró sonrojado y dijo: "Perdone doctor Marulanda, hacía tres meses no me miraba en un espejo".

Regresé a la pista. En el suelo había una olla enorme, repleta de tamales tolimenses que no sé quién llevó. Los comandantes guerrilleros y los constituyentes, hambreados, nos hicimos cada quien a nuestro gran tamal y arrancamos a comer con ganas, sentados en el suelo, usando las cédulas de ciudadanía a manera de cuchara mientras comentábamos animados la situación. Alguien tomó fotos que no sé dónde andarán. Pablo Catatumbo se me presentó y se hizo a mi lado; conversamos como si fuéramos viejos amigos, a pocos metros del flamante jet privado que luego del banquete típico abordáramos para viajar a Venezuela. Caracas nos esperaba, pero aún estábamos lejos. ☘

bustible. "¿Dónde encontramos gasolina?" grité para sobrepasar el ruido del motor. "Lo más cerca es Neiva", gritó a su vez el piloto, "pero nadie en ese aeropuerto sabe que andamos por acá". Era la manera diplomática de advertir el riesgo que corríamos si aterrizábamos allí, con nuestra nómina de pasajeros a bordo, reseñados en las carteleras de todos los aeropuertos y buscados por la policía del mundo entero; como quien dice: decida por su cuenta y riesgo. No dudé: "Vamos a Neiva".

Giré la cabeza con discreción como para observar el paisaje a mi derecha: quería ver qué hacía Cano. Estaba detrás mío, como si nada, estudiando el libro de mapas de vuelo que encontré metido en el bolsillo del respaldo de mi asiento, delante de sus narices. Volteé a mirar hacia otro lado con la misma sutileza y observé que Márquez y las dos damas dialogaban entre risas, en voz baja.

Treinta minutos después el aparato asentó sus patines sobre la pista del aeropuerto La Manguita, a 150 metros del terminal, al lado del surtidor de gasolina que, me imagino, estaba allí para tanquear helicópteros de las petroleras que operaban en la zona. El piloto saltó por su lado como resorte, dio la vuelta por delante a trancos, cogió la maniguera y la conectó de afán. Salté por mi lado y me paré enfrente de la nave con la vis-

ta atenta a la puerta del edificio, donde se veían varios policías conversando desprevenidos. De pronto, otro policía se les acercó en moto y uno del corrillo se separó del grupo y se horquetó en la parrilla. Se dirigieron hacia donde estábamos. Por reflejo caminé varios pasos adelante, resuelto a salir al encuentro de los agentes y cubrir con cualquier cuento, o como fuera menester, la integridad del cargamento de guerrilleros

VIP que tenía detrás. Los policías se dejaron venir derecho hacia mí, se acercaron despacio, me miraron de pies a cabeza desde la media distancia y sin detenerse dieron vuelta y se alejaron. No miraron adentro del aparato... ¡Se hubiera armado la de Dios es Cristo! Los rostros y faldas de mis pasajeros eran inconfundibles. Por mi parte, no sentí ni frío ni calor: permanecí impávido... ¡Otra cosa experimenté dos días después, cuan-

andrea katic kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co





Servicio a domicilio

Girardot

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

Estilario

Raúl Trujillo Henao

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Seguimos de negro en el Estilario y parece que nuestros tiempos no son fúnebres, o al menos eso decían en los 90, cuando fue posible vestirse totalmente de negro y todos los días sin entrar en los códigos del luto riguroso que las tradiciones judeocristianas exigían a las viudas y familiares de los difuntos. Nos cuenta Susana Saulquin en su libro *La moda después* —un hermoso tratado sobre la mirada sociológica de la moda— que “en las antiguas civilizaciones ya se distinguían los periodos de duelo por medio de colores especiales”. Así los egipcios habían elegido el amarillo en alusión a las hojas muertas y la descomposición de la materia, y en Roma y Esparta las mujeres llevaron el duelo de blanco, símbolo de inmortalidad y pureza; los hombres en cambio lo llevaron de negro. Para griegos y romanos morir es descender a la noche eterna y el negro es su mejor expresión.

Aquí María Cristina lleva un camisón —maxivestido— que vaporosamente nos permite jugar a la seducción de exhibir-ocultar. Peligroso equilibrio exige el arte de seducir, usar, por ejemplo, códigos eróticos como la lencería —uno de los mayores fetiches de la humanidad—. Sólo intenta anclarse a tierra con unas botas tan espaciales que no lo logran y únicamente la gorra negra venida del deporte, logra aterrizarla en un uniforme urbano prestado del sportwear. En *Barbarella*, una película del 68 dirigida por Roger Vadim, Jane Fonda re-juven lucía unos trajes alucinantes diseñados por el español Paco Rabanne, entre futuristas y prehistóricos, con muchos referentes a la vez, ¡genial! El personaje original de la película es sacado de una historieta francesa que inauguró el estilo denominado fantaerótico, que hoy tanto emplea el manga, y que de alguna manera produjo el icono en versión tecno que taladró a generaciones: Lara Croft. Yo me quedo con nuestra versión paisa, María Cristina, que entre chaquiras, trenzaditos y plumas un toque local le da.

Boudoir es como se conoce este estilo de lencería de origen francés que tan de moda hace rato está. Cuando es en algodón y no en seda, los efectos de los calados del encaje o las pequeñas alforzas —telas plegadas a modo de pestañas— que sirven de adorno cuando acompañan a los bordados, en algo se des-erotizan, y como camisón de verano los vemos llevar. Volvió la maxi, se fue la maxi, estarán siempre de moda, más ahora que India, China y Turquía las producen a buen precio para las grandes cadenas de tiendas por todo el planeta. El imaginario se recrea en los 70, cuando las feministas impusieron el estilo en la cosa de Francia, después del verano del 68, liberadas, sin sostén, en un sueño más cercano a Marruecos —Saint Laurent amó los veranos allí— que a la lencería tradicional barroca que por tradición llevaron desde el siglo XVII, aquella cuya mayor creación fue el corsé. Pero no, el asunto tiene que ver con la liberación en Europa y es posthippie en USA. Una cruzada por las buenas costumbres familiares, postlisérgica, encontró en la imagen de las inmigrantes y colonas que poblaron el oeste, con sus románticas batas de ojajillos victorianos, su mejor expresión. ☺

María Cristina Ovalle. Estudiante de danza



“Aleteo de un pretérito fogoso”*

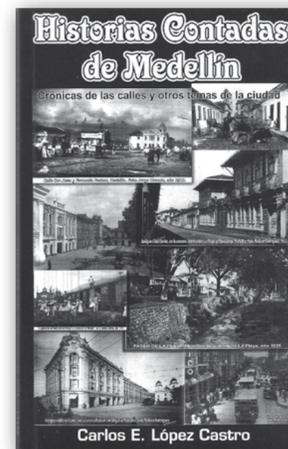
La revista *Historias Contadas* hace 65 números anda por las calles de Medellín, y ahora a resuelto contar la historia de esas calles que recorre.

En 264 páginas, quien se interese por saber más del suelo que pisa, encontrará por qué El Palo tiene ese nombre y por qué a la Carrera Carúpano hoy se le dice Sucre. Y, atravesados, algunos datos curiosos de la génesis de la industria litográfica de nuestra ciudad y hasta testimonios de críticos jubilados de Coltejer.

El libro se llama *Crónicas de las Calles* y lo escribió el mismo propulsor de la revista: Carlos E. López Castro

(historiascontadas@yahoo.com).

*Tomado del prólogo ☺

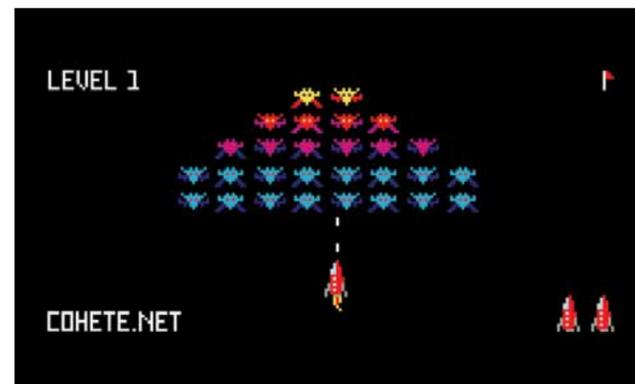


Los misterios del hotel Roc Blanc

En el libro de juegos de intriga detectivesca de Nora Arango D. y Elkin Obregón, el lector debe resolver los enigmas de una serie de historias policíacas con base en los sucesos narrados, los apuntes de Sholmes, el detective del hotel y las pistas que se dejan entrever en las fotos (realmente dibujos de Obregón) de su joven amigo, el botones Waldo.

Esos juegos son ideales para vacaciones, para descifrar en grupo, en familia, con amigos. Hacen pensar, especular y reír. Las explicaciones de cada caso, que hace Sholmes en la sección epílogos del libro, son muy divertidas.

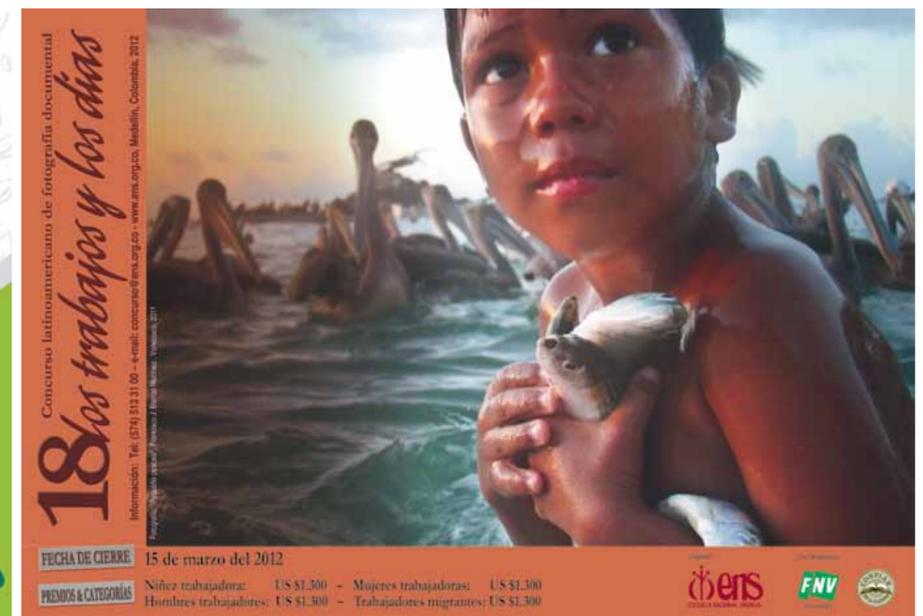
La edición de *Los misterios del hotel Roc Blanc* es limitada y está a la venta en la Librería Palinuro, Al pie de la Letra, El Acontista y Simsalabín. ☺



SALAS ALTERNAS MAMM
Exposición **Vórtice**
del artista **Edgar Guzmanruiz**
Tercera edición del Programa ALBO de la Fundación EPM con la producción del MAMM
Lugar: Galería de Arte, Sala de la Música EPM / Parque de Los Deseos
Abierta hasta abril de 2012

Entrada libre

programación en
www.elmamm.org
Museo de Arte
Moderno de Medellín
T: (574) 4442622
Carrera 44 No. 19 A -100



DeAngelos y Santos

Frente a los periódicos ingleses el presidente Santos volvió a mencionar el tema de la guerra contra las drogas. Dijo con una especie de convicción abúllica que si el mundo entero está de acuerdo con legalizar él no tendría ningún problema. Ya sabemos que en América Latina los argumentos sobre legalización son cosa de ex presidentes. El sentimiento de culpa propio de algunas víctimas es uno de nuestros complejos. Un día después el ministro Vargas Lleras fue un poco más allá en la Cámara de los Comunes: "Todas las naciones, productoras, de tránsito o consumidoras, tienen el derecho de ensayar nuevas soluciones según las características de la problemática en su territorio..."

Para muchos, Santos ha dejado caer una nueva audacia. Incluso algunos prohibicionistas convencidos, bajo el ala del ex presidente Uribe, creen que el gobierno arriesga credibilidad y debilita el ímpetu de policías y militares contra los narcos. Pero Santos no va a la vanguardia sino en los cómodos vaqueros de la mitad hacia atrás. El

Presidente sabe que el 75% de los londinenses apoyan la legalización de la marihuana. Y su cuñado que es embajador en la capital inglesa le debe haber dicho en voz baja que en los barrios del Este de la ciudad existen bares donde se fuma hadis y marihuana marroquí con tranquilidad. Bares que se mudan cada tres meses con su público a cuestras. Porque mejor que un bar es un bar clandestino. Además la venta con receta médica ha abierto las puertas a un consumo más abierto y ha terminado por domesticar algunos prejuicios.

Pero Londres no es el ejemplo perfecto de cómo se debe pelear en esta guerra contra la inercia prohibicionista, que cumple 40 años girando en el sentido equivocado. Mientras la discusión en los grandes escenarios parece estancada por los temores políticos y la quietud conservadora, en los pequeños feudos se va rompiendo el anejo poco a poco, se lucha con los códigos menores y el alicate de algunos abogados hedonistas. Las normas de los estados y condados gringos van legalizando, sin importar lo que diga Nacio-

nes Unidas o el Congreso en Washington.

El uso medicinal de la marihuana en muchos estados, sobre todo en California, se ha convertido en una legalización de facto. Los consultorios abren sus puertas en la noche del viernes y dos enfermeras provocativas ofrecen la certificación para los pacientes reales y los risueños: un dolor de espalda, una sencilla cefalea, un poco de estrés muscular son suficientes para obtener la "green card". Y las empresas han comenzado a crecer alrededor.

Steve DeAngelo es el más prominente de los expendedores de marihuana de California. Según las reglas de hace 15 años sería un mafioso. Según las reglas de hoy es un ejemplo y una celebridad nacional. Un equipo de Discovery Channel lo ha seguido durante 11 meses para registrar cómo vive y trabaja el primer magnate legal de la marihuana en Estados Unidos. La guerra de las malezas, un programa sobre la vida, obra y milagros de un empresario del moño, se estrenó hace 15 días

en la pantalla. El año pasado Herborside, su dispensario de hierba, vendió 22 millones de dólares. El estado de California recibió 2 millones en impuestos por mirar con buenos ojos el negocio de DeAngelo. Si lo mirara como la cueva de un mafioso no habría obtenido más que gastos y problemas.

Los policías de Oakland han terminado por convencerse. Una graciosa reunión entre DeAngelo, otros activistas y algunos cultivadores legales y un Sheriff de película lo demuestra. El policía de sombrero con estrella alienta a los asistentes a traer más cultivadores de marihuana a los registros legales. Necesitan llegar a 120 granjas. Es la única forma de conseguir recursos para que no echen a 8 oficiales, a punto de ser despedidos por problemas presupuestales. Al final policías y sembradores de hierba se aplauden mutuamente.

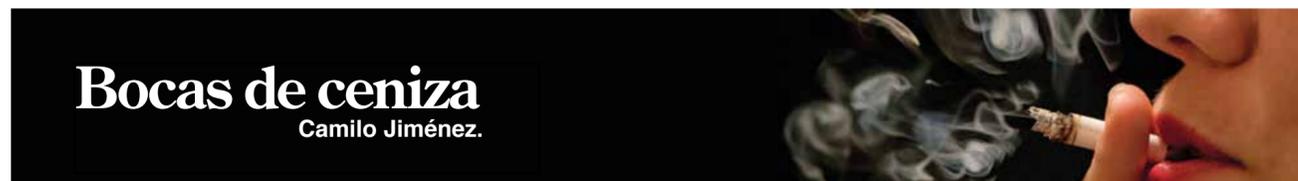
De modo que no queda tan fácil pensar en Santos como un hombre de avanzada. Es más bien un hombre de embajada, un diplomático, un político que busca unas frases que lo pongan en las páginas de los medios in-

gleses. Sobre todo cuando ha demostrado maneras liberales de puertas para afuera y políticas conservadoras al interior. Apoyó la ley de seguridad ciudadana que habla de cárcel para los consumidores y estuvo cerca de presentar un estatuto anti-narcóticos que parecía redactado por un perro antidrogas. Así que a pesar de los discursos seguimos en las mismas. Entre nosotros el Sargento Pascuas, un guerrillero en edad de sufrir los dolores de la artritis, es el jefe de franquicias en la producción de marihuana en el Cauca: la despensa nacional del humo blando. Y los cogollos ya valen más que la hoja de coca. Las discusiones etéreas en las cumbres internacionales son parte de la teoría. La práctica está en otros sitios. ☪



Bocas de ceniza

Camilo Jiménez.



—El uso de la composición literaria en la intimidad ha sido tolerado desde "edad inmemorial", como el hacer calceta, crochet, etcétera. Mantiene ocupado al que a ello se consagra y, mientras se lo guarde para él, *ne nuit pas aux autres*, no transgrede la definición de libertad, tal y como aparece en la Declaración de los Derechos del Hombre: la libertad es el derecho de hacer lo que no aporte perjuicios a los otros. Todo esto es más bien negativo y poco satisfactorio.

—Sugiero mandar al diablo a cuanto crítico emplee términos generales vagos. No sólo a los que usan términos vagos por ser demasiado ignorantes para tener algo que decir, sino también a los críticos que emplean términos vagos para ocultar lo que quieren decir, y a todos los críticos que emplean los términos tan vagamente que el lector puede creer que está de acuerdo con ellos o que asiente a sus afirmaciones cuando de hecho no es así.

—Se puede decir que en Inglaterra la inteligencia no experimenta más que aventuras que han sido experimentadas en otros países.

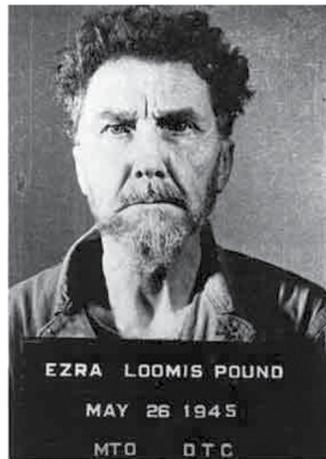
—Es primordial que lancemos una ojeada a la "filología" y al "sistema germánico". Ha-

blando como historiador, "podríamos" decir que este sistema fue creado para inhibir el pensamiento. A partir de 1848 se observó en Alemania que algunas personas pensaban. Era necesario reprimir tan pernicioso actividad. Entonces se concedió a los pensadores un hueco de porcelana, con la etiqueta de "erudición", y se les fue, poco a poco, volviendo ineptos para la vida activa o para cualquier contacto con la vida en general. La literatura fue tolerada como materia de estudio. Y su estudio fue concebido de tal manera que alejase el espíritu del estudiante de la literatura y lo dirigiese a la nada.

—Usar tres páginas para no decir nada no es estilo, en el sentido serio de la palabra.

—La poesía más importante la han escrito hombres de más de treinta.

—Es cierto que la mayoría de la gente poetiza más o menos, entre los diecisiete y los veintitrés años. Las emociones son nuevas, y para su dueño, interesantes y no hay mucha personalidad o mente que mover. Conforme el hombre, conforme su mente, se vuelve una máquina más y más pesada, una estructura cada vez más complicada, necesita de un voltaje cada vez ma-



Pound. Puf. Crash.

Grandes páginas tiene la obra crítica de Ezra Pound. En ellas mostró unas características buenas para un comentarista de arte, economía y política como era este autor nacido en Idaho, Estados Unidos: atrabiliario pero culto, sugerente y por momentos algo regañón, sabio, informado. Se equivocó—defendió a Mussolini y al Eje durante la Segunda Guerra—, pero escribió con brío. Buscaba la perfección, y algunas de sus páginas críticas la alcanzaron. Sin duda muchos de sus versos también, aunque en una obra tan prolífica—los solos Cánticos tienen 700 páginas— abundan los candidatos a la defenestración. En últimas no importa tanto qué digan los críticos, sino cómo lo dicen. Y Pound sabía componer catedrales en un párrafo, construidas con sólidos ladrillos de malaúva. En una carta de 1920, Hemingway le escribe a su amiga y mecenas Gertrude Stein: "Le mostré mis poemas a Ezra Pound. Dijo que yo era un gran cuentista".

De varios libros expurgados (Carta del exiliado y otros poemas, Aquí La Voz de Europa, Antología, Introducción a Ezra Pound) selecciono unos cuantos fragmentos de su prosa, a manera de invitación para leerlo, para conocerlo.



DISFRUTA LO NUEVO DEL ÁGUILA DESCALZA EN DVD

Si deseas más información acerca de nuestros productos comunícate con nosotros

2844211

ingresa a: www.aguiladescalza.com.co

LA PATRIA BOBA

¡MÁS DE 200 AÑOS DE PENDEJADA!

¡CÓMPRALO YA!

Siente... tu Área

El espíritu del Cerro... renace

Cerro El Volador

El Área Metropolitana invirtió 8.900 millones de pesos en la readecuación de este referente de ciudad para su recuperación y protección. Las obras contemplaron la construcción del edificio administrativo, acceso peatonal y vehicular por la carrera 65, creación y adecuación de 5 miradores, sendero panorámico y paisajístico, circunvalar y la vitrina arqueológica.

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá